



Colección
a través de las letras

Cuentos

Ernesto Medina Lima

Selección de Alfredo Ortega y Jesús D. Medina

Cuentos

Ernesto Medina Lima

Selección de Alfredo Ortega y Jesús D. Medina

Colección
a través de las letras



**Universidad
de Guadalajara**

Centro Universitario de la Costa Sur

**CUCOSTA SUR
GRANA ●**

Centro Universitario de la Costa Sur
Universidad de Guadalajara

Primera edición, 2018

D.R. © Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de la Costa Sur
Av. Independencia Nacional Núm. 151
Autlán de Navarro, Jalisco, México, C.P. 48900

ISBN volumen: 978-607-547-194-5
ISBN colección: 978-607-547-193-8

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, traducida, almacenada o transmitida de forma alguna, ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de los editores

Impreso y hecho en México / Printed and made in Mexico

Índice

Cuentos para conservar la memoria regional	7
<i>Lilia Oliver Sánchez</i>	
Un gran amor	9
Juan	13
¿Qué será...?	21
Profesión peligrosa	27
Un héroe	33
El gran deportista	39
El incrédulo	45
El hombre malo	51
Pierrot y Colombina	59
Insomnio	65
Notabilitis	71
Huracán Kid	79
Insistencia peligrosa	85
Un raro espectáculo	87
La feria	91
El regreso	95
El fuero	103
De viaje	107

Cuentos para conservar la memoria regional

Lilia Oliver Sánchez

Cientos de historias, anécdotas e incidentes cotidianos se acumulan en la memoria de los habitantes de las más diversas poblaciones y en muy distintas épocas. La tradición oral conserva las más significativas, que se transmiten de generación en generación, de abuelos a padres y de padres a hijos, conservando así la cultura comunitaria. Dentro de esta tradición, sin embargo, aparecen personas que deciden escribir tales acontecimientos, los cuales transforman, magnifican y enriquecen con el poder de su imaginación y con el auxilio de las virtudes propias de la palabra escrita.

Este es el caso de los cuentos de Ernesto Medina Lima recogidos en el presente volumen, en los que el autor recupera historias que contienen anécdotas sencillas, divertidas, emotivas y hasta con tintes trágicos, mediante el uso de un lenguaje directo y claro. Medina Lima también recurre a metáforas que imprimen a las narraciones —particularmente a los relatos donde aparecen escenas románticas— un toque poético.

En estos cuentos, el autor nos transporta a otras épocas, cuando los pueblos de la llamada «provincia» gozaban de una tranquilidad y una inocencia que propiciaban situaciones donde los personajes se sentían capaces de realizar las más descabelladas hazañas o, incluso, hacer apuestas tan disparatadas que podían determinar el destino de sus vidas.

Celebramos la publicación de este libro, cuyo contenido nos hace recobrar las fiestas pueblerinas, los viejos oficios que se resisten a morir, los amoríos y anhelos imposibles, y las experiencias que marcan la memoria y el corazón.

Un gran amor

Ruperto es fotógrafo y siendo su profesión un arte, Ruperto es un artista que imprime a sus obras un sello especial y único, haciéndolas de gran demanda.

Los paisajes que roba a la naturaleza llevan todas las riquezas en matices y en colores y parece que llevan hasta los perfumes de las rosas de primavera y el cantar de los ruiseñores en las frondas.

Las caídas de agua son majestuosas. Los lagos serenos y mansos cantan. Las puestas del sol sueñan, y las alboradas multicolores y frescas invitan a amar.

Todo el arte y la belleza del mundo los copia Ruperto, y se agotan sus trabajos al momento de concluirlos.

Siempre que se trata de regalos en el pueblo, es Ruperto quien propone y hasta dispone:

—¿Es de Navidad...? ¡Aquí tengo este lindo paisaje invernal: chozas cubiertas de nieve, y montañas que se antojan de nieve de limón!

—¿Es para tu novio...? Mira esta sonrosada aurora que suspira como tú suspiras por él.

Ruperto también copia la poesía de unos ojos de mujer, negros y hermosos; y la canción de unos labios, dulces y rojos; y el ensueño de una cabellera como la noche, negra y arrulladora.

Y las más hermosas muchachas del pueblo van con Ruperto para que capte sus encantos y los guarde para siempre, o cuando menos por mucho tiempo, en un pedazo de papel fotográfico.

El estudio de Ruperto está lleno a todas horas de lindas clientas que llenan de alegría y de belleza esos rincones en los que el artista vive y trabaja.

Infinidad de fotografías se admiran por todos lados. Los escaparates encristalados sonríen satisfechos al guardar como preciadas joyas las imágenes llenas de encanto, y Ruperto se extasia contemplando sus trabajos y haciendo el siguiente mejor que el anterior.

II

Es mayo, el mes de las rosas y las primaveras. Natura invita a la vida con sus noches tibias tachonadas de estrellas y sus campos que huelen a amor, cuajados de flores.

Llega al estudio del artista la más hermosa zagala del pueblo para que Ruperto copie su imagen fresca y sonrosada.

Ella es Cristina; es grácil y hermosa, dulce y romántica. Sueña y espera mucho de la vida, que le sonrío como la primavera.

Cristina cautiva a Ruperto con su gracia y sus encantos, y el artista sucumbe ante las sonrisas de sus rojos labios que desgranar cascadas de ricas perlas; ante las miradas de sus bellos ojos, que se clavan como finos dardos; ante su porte airoso y señorial; y ante su andar de juncal palmera.

Ruperto la recibe y la entiende. Pero siente que no anda en este mundo, sino que se mueve en otro mundo irreal que su ensueño ha formado.

Capta la imagen divina de la joven y la despide con un suspiro, admirándola embelesado hasta que se pierde al doblar la esquina.

Ruperto se ha enamorado de Cristina, intempestiva y perdidamente, y al contemplar su imagen suspira hondamente, poniendo todos sus empeños para que el trabajo que ella ha ordenado venga a ser máxima expresión de lo que él puede hacer en su arte.

Trabaja con afán y Cristina, la lindísima Cristina va trasladándose al cartoncillo fotográfico con toda su impar hermosura, con todos sus divinos encantos. Su tez rosada de manzana del paraíso, sus ojos en los que dos estrellas prendieron sus luces, sus labios que son claveles reventones y frescos, su cabellera que robó al azabache su color y al diamante sus destellos.

Y su fotografía, llena de belleza como la virgen del original, resulta una obra monumental y grandiosa que envidiarían los lienzos del más caro pintor de todas las épocas.

Ruperto la coloca en un marco dorado y la exhibe en sus escaparates encristalados como la más fina joya de su arte magnificante.

III

Si tú, lector, has sido tan amable y gentil, con tanta paciencia que te haya permitido llegar hasta estos renglones, sábette que la Cristina del cuento jamás volvió por el trabajo ordenado.

Ruperto renegó, muriendo el amor purísimo, apasionado y ardiente que había nacido al influjo de las miradas de aquellos ojos y de la sonrisa de sus labios rojos.

Y renegó más aún por el tiempo perdido, por sus desvelos y, sobre todo, por el dinero gastado en el trabajo, que no fue poco, porque tengo conocimiento de que era una fotografía de 35 centímetros de altura y 48 de anchura, todo a delicados colores y en finísimo papel de seda.

Tú sabes que con motivo de la guerra, la fotografía está considerada actualmente como un lujo, y el material está escaso y caro, así es que aquel trabajo le costó a Ruperto bastante dinero.

Bueno... Ruperto renegó, pateó el suelo, lloró y lanzó otro suspiro inmenso y profundo, tomó de nuevo la fotografía, la máxima expresión de su arte magnificante, y la colocó otra vez en sus escaparates encristalados, invertida, con un letrerito que decía: «NO PAGA».

Juan

Juan era tímido, excesivamente tímido y no pocas veces en la vida había tenido dificultades por aquel terrible defecto que llevaba en sí.

Cuando estuvo en la escuela fue un mártir. Si la maestra le preguntaba algo, aunque Juan supiera perfectamente la respuesta, se turbaba tanto, tanto; se ponía colorado, colorado y enmudecía.

Todos sus compañeros se mofaban de él. Le robaban los lápices, los cuadernos, los dulces que compraba con tanto sacrificio, todo, y nunca se animó a protestar.

Pero Juan no era tonto. Por el contrario, tenía rara inteligencia y juicio rápido y despejado, así es que a pesar de no haber podido contestar nunca una sola pregunta de la maestra, al terminar el sexto año de la instrucción primaria sobresalió entre todos los alumnos y resultó aprobado con diez.

Así salió a los trece años de la escuela primaria, acompañado por su inseparable amiga, la timidez, a enfrentarse con la vida; sus padres eran pobrÍsimos y necesitaban que él buscara trabajo para ayudar al sostenimiento de la casa. No sabían que la inseparable compañera de Juan se iba a encargar de cerrarle todas las puertas.

Vuelve Juan a casa con la vista baja y las manos dentro de los bolsillos, con garras de sombrero sobre la cabeza. Su padre ansiosamente le pregunta:

—¿Conseguiste trabajo, Juan...?

Este se sonroja de nuevo, baja la vista, puja y al fin balbuce quedadamente:

—No..., padre...

Su buen padre se ve precisado a pedir permiso en el taller mecánico donde trabaja para llevar a Juan a algunas partes en busca de colocación, y así logra que lo acepte don Atenógenes, el presidente municipal del pueblo, como ayudante del oficial mayor de tesorería municipal.

Ahí tenemos luego a Juan entre los burócratas, sonrojándose cuando don Atenógenes echa una viga a cuanto tipo le va a cobrar cuentas propias o del municipio, que al fin todas las carga a este último; sonrojándose también cuando las mecanógrafas se levantan la falda hasta media pierna para sentir menos calor o estar más cómodas; sonrojado cuando lo ven, cuando lo llaman y a todas horas.

Para el colmo de sus males, y como el Ayuntamiento del oficial mayor de la tesorería municipal es nada menos que el agente fiscal, o cobrador de la oficina, allá va Juan, el segundo día de trabajo, a repartir un montón de cobranzas.

Tiene que entregar una copia al causante o deudor, y la persona que la recibe debe firmar el original sin excusa ni pretexto.

Al primero que visita es a Pioquinto, un tipo cínico y hablador, enemigo del orden y de quien lo represente. Sacrifica cerdos sin licencia, arma escándalos con frecuencia; se roba el agua, la luz y hasta algún burro o cerdo que se meta a su casa.

[...]¹

Así tenemos enseguida a Juan acosado por su patrón. Primero y como de costumbre, se sonroja. Después acaba por declarar a don Edelmiro, con medias palabras y pujidos, que efectivamente está enamorado, muy enamorado de la bella y virtuosa Alicia.

Entre ambos discuten el plan a seguir. Como Juan considera imposible hablarle a Alicia, acuerda que este haga una carta, la cual entregará don Edelmiro a una de sus hijas, que es amiga de Alicia, para que la haga llegar a las manos de ésta.

¹ En el original mecanografiado en que se basa esta publicación el texto presenta lagunas.

Juan pasó esa noche primero pensando lo que le escribiría a su amada. Podría decirle: «Señorita: Desde el feliz momento en que la conocí, al influjo de su mirada, brotó en mi corazón la llama del amor...». Del amor... del amor...

¡No! ¡No! Eso era muy vulgar, según había oído decir. Debía escribirle algo fuera de lo corriente, algo único, como era su propio amor.

Después de mucho cavilar, inició un borrador con lo que creyó más conveniente. Luego tachó todo lo que había escrito. Volvió a empezar. Borró una parte. Siguió escribiendo. Y así, quitando y poniendo, enmendado y borrando, tachando y leyendo, terminó la carta. La leyó otra vez, estando ya completa y todavía le modificó algunas palabras más. La volvió a leer y por fin la consideró perfecta.

Después se puso a pensar en el color del papel donde la escribía con tinta, en forma definitiva. Amarillo...? ¡No! ¡Qué barbaridad! ¿Azul...? Quizá... Como sus ilusiones. ¿Verde...? Tal vez... Como sus esperanzas.

El color del papel fue otro motivo en el que dilató mucho, porque los tímidos cavilan mucho, mucho, antes de decidirse. ¡Ah! ¡Por fin! El papel sería color rosa. ¡Como sus sueños de amor!

Pero siguió pensando... pensando... Quienes hemos estado enamorados justificamos que Juan haya pensado tanto en Alicia esa noche que no pudo dormir. Lo sorprendió la aurora con los ojos abiertos, abiertos, pero estaba contento porque había soñado mucho.

En su trabajo fue recibido muy sonriente por don Edelmiro, quien le preguntó si ya tenía lista la carta.

—Sí, señor. Solo me falta pasarla en limpio.

—Pos a darle, muchacho —dice el jefe y le ordena que deje la chamba y se ponga a escribir. El propio patrón le trae el papel y le consigue la tinta y el manguillo. Al cabo de media hora, la carta está terminada.

III

En el pueblo había otra Alicia, también una muchacha bonita, pero no tanto como la diosa de Juan, y además de mayor edad. Esta

Alicia frisaba en los 28 años; había tenido incontables novios, era locuela, garbosa, movida y como ya estaba temiendo quedarse, coqueteaba con todos para ver a quién conquistaba en forma definitiva.

Asistía a todos los bailes, muy rejuvenecida, muy perfumada, pero con mala suerte, porque los coqueteos de sus pretendientes no pasaban de ahí.

A esta Alicia también le gustaba mucho Juan y había creído fácil su conquista, porque él era inexperto. Pretendió hablarle, pero Juan se sonrojaba, bajaba la vista y cabeza, caminaba más deprisa y finalmente corría. Juan no se había dejado cazar.

Así pasó el tiempo y esta Alicia, a pesar de que sus familiares eran muy ricos y le cumplían hasta su más mínimo e insignificante deseo, no había podido hacer realidad el mayor de ellos: tener un novio formal y casarse.

Pero volvamos a Juan. Ya ha terminado la carta y la ha escrito en el sobre, con su mejor letra: ALICIA. Nada más Alicia, porque ha creído que es de buen gusto y fuera de lo usado por los escritores de epístolas de amor.

Don Edelmiro toma la carta y presurosamente la lleva a su hija mayor, con instrucciones de que la entregue inmediatamente a Alicia, y le pregunte a qué hora y en qué lugar le puede entrevistar Juan. Pero no le dice a su hija de qué Alicia se trata.

La hija de don Edelmiro pretende saber quién de las dos Alicias es la favorecida y trata de leer la carta, pero el sobre está cerrado. Supone que se trata de Alicia, la grande, la coqueta, porque la otra Alicia le parece demasiado joven para andar en líos de amores. Así es que a Alicia la grandecita le entrega la carta de Juan.

Esta casi se desmaya de emoción y alegría. Lee una y otra vez la carta y manda decir a don Edelmiro que espera a Juan a las ocho y media de esa noche, en la banca del lado derecho de su jardín, la que se encuentra bajo un grande bouquet de novia y al lado de un rosal. Es el sitio más apropiado para una cita de amor cubierto de verdura y aroma de flores.

Juan, en cambio, sí se desmaya al recibir la cita de Alicia, que le hacen llegar su patrón y su hija juntos. Lo frotan con alcohol

inmediatamente y al recuperar el conocimiento, no encontrando la manera para salir del paso, se arrepiente de haber escrito aquella carta con tan persuasivos términos. Después se enoja consigo mismo por tener encima su pesada y bochornosa timidez.

Pero don Edelmiro lo disculpa, lo alienta y le dice que todo saldrá bien; que no es cosa de tanta importancia, ofreciéndose a acompañarlo a la cita para darle valor. «Acaso no eres hombre...?», le dice y finalmente lo convence.

Su hija les da el domicilio de Alicia y a las siete de la tarde don Edelmiro suspende las labores en el taller. Él y Juan van a sus domicilios, se bañan, se cambian de ropas, se perfuman y se reúnen de nuevo a las ocho.

El padre de Juan ha observado a su hijo y se imagina que va a ver a alguna muchacha, pero no le pregunta ni le dice nada. Por el contrario, se alegra de que eso suceda. Ya era tiempo.

Y allá van Juan y don Edelmiro caminando a la casa de Alicia. De paso, el jefe invita y convence a Juan para que se eche un jalón de tequila, para que se le quite el miedo, y luego le da unos chicles para que se le quite el olor del jalón.

Como ninguno de ellos sabe dónde vive una Alicia y dónde la otra, la mansión a donde llegan les parece muy propia para que en ella viva su Alicia, tan bella, tan joven, tan graciosa.

Se sitúan bajo de un naranjo de los que ornamentan la calle. Son las ocho y veinte.

Juan está asustado, con las manos frías y el corazón golpeándole fuertemente el pecho. En algún momento quiere huir, pero don Edelmiro lo sujeta y anima. Son las ocho y veintisiete.

Por fin en el reloj público suena la media con unos campanazos que casi hacen que se desmaye Juan y en esos precisos momentos sale Alicia por la puerta central de su mansión. Ha sido muy puntual, pues considera que es su última oportunidad, y lentamente baja la escalerilla que la conduce al jardín.

Don Edelmiro se encubre lo más que puede en el tronco del naranjo. Juan queda inmóvil viéndola... viéndola... Ella trae un vaporoso vestido color rosa; los bucles le caen encantadoramente sobre los blancos hombros.

Primero, porque la luz interior de la mansión deslumbra a Juan; y enseguida, porque el jardincillo está a media luz, este no distingue las facciones y por lo mismo no descubre que ella es la otra Alicia.

Esta ha llegado a la banqueta y se ha sentado, sonriente, esperando al galán. Pero Juan permanece inmóvil, como petrificado, así es que don Edelmiro lo hace caminar mediante un fuerte empujón.

Juan se acerca a Alicia y queda parado frente a ella. Entonces descubre que no es la mujer que él adora. Pretende volverse, pero ella le toma oportunamente las manos y los obliga a sentarse.

Juan esta como quien ve alma en pena, asustado, muy asustado. Pretende hablar, pero no puede y entonces es Alicia quien habla primero, diciéndole que comprende su nerviosidad, pero que no se apene, que lo conoce y sabe porque razón está nervioso.

Dulcemente le dice que ha leído su carta, que se ha impresionado mucho porque no esperaba que él la amara en tal forma y con tal sinceridad; que ella acepta y corresponde su cariño, entregándole totalmente su amor y devoción desde luego, porque sabe que trata con un caballero.

Sigue Alicia hablando, acaricia a Juan, lo besa y a las nueve de la noche con diez minutos se separa, dejándolo a él todavía sentado bajo el bouquet de novios, sin que haya podido hablar y paralizando por la tremenda impresión.

IV

A Alicia le cayó del cielo la oportunidad y no la va a desperdiciar. Al día siguiente, cuando obscurece, ya espera a bordo de su automóvil la salida del trabajo de Juan para ir a dar la vuelta.

Este, que no se ha animado a descubrir a don Edelmiro el error, cuando ve llegar a Alicia se sonroja más de lo acostumbrado, se da un martillazo en el dedo pulgar de la mano izquierda, derrama la tinta negra sobre el banco de acabar y obliga a su patrón a que lo despache fuera antes de que le pase algo peor por su turbación.

Pero Juan no quiere salirse y pretexto porque no ha terminado todavía la tarea, por lo que don Edelmiro tiene que emplear de nuevo un persuasivo empujón para hacer que se salga y Alicia lo pesque, lo suba a su carro y emprenda un paseo por las orillas del pueblo.

Juan va colorado, colorado, inmóvil, mudo, viendo sin ver todo lo que se pasa raudamente a su lado; escuchando sin comprender a su amorosa cazadora, quien apenas llegan a los suburbios del pueblo, besa a Juan encantadoramente en la mejilla roja, que se pone más roja aún.

Más adelante ella apaga el motor de su automóvil, baja, toma de las manos a Juan y lo hace bajar también, haciendo ella misma que un abrazo de él se cruce sobre su talle. Imaginemos el azoro de Juan, que no acierta a decir nada, a hacer nada. Él, tan hurraño... tan tímido...

Pero llega un momento en que Juan mide la extensión del berenjenal en que se ha metido y hace el intento de salir, aclarando la situación. Pretende decir a Alicia que está en un error, que no era a ella a quien pensó escribir, que hubo una confusión, etcétera, pero únicamente logra pujar y decir:

—Señorita... Yo... Yo... Mmm... Este... (quedando mudo de nuevo).

Ella es quien habla, abraza y besa hasta que anochece. Y regresan. Ella feliz. Él pensando en esconderse en algún pozo, en huir del pueblo, o en suicidarse porque no puede salir de aquella situación.

Así pasan varios días más, que son terribles para Juan. Alicia ya lo ha convencido de que se va a casar, lo cual fue una cosa fácil porque no hubo discusión alguna. Ella ha hablado además a sus padres, quienes han accedido, y después ella misma habla al padre de él, quien queda sencillamente azorado, pero también satisfecho por la posición social y económica de la muchacha.

Juan ha pretendido, en vano, aclarar la situación. Ha invocado a santos y a santas, quienes no le han dado el valor suficiente para ello. Ha expuesto a don Edelmiro, con muchos trabajos y sonrojos, lo que le ha pasado, pero este se ha reído burlonamente y por el contrario, le llama la atención repetidamente, porque ahora, con más frecuencia que antes, Juan ha tirado la tinta, ha untado engrudo al cáñamo en lugar de cera, ha tejido cintas azules entre las blancas, ha quebrado varias agujas a la máquina, etcétera y etcétera.

Todo lo concerniente al matrimonio va desarrollándose merced a la activa y oportuna Alicia y un buen día se consuma la boda con Juan, el tímido, quien por su timidez cayó en la red y por ese mismo defecto no pudo salir de ella.

Y por no haberse animado Juan a hablar, hora lo tenemos, joven aún, con una esposa juguetona y caprichosa, y tres chilpayates, que cuando estaban muy pequeños, noche a noche lo desvelaron, mientras Alicia dormía a pierna tendida.

¿Qué será...?

—Di eso a quien no te conozca, Perico. Yo estoy segura que correrás cuando veas un toro frente a ti, si es que no te quedas petrificado por el susto.

—¡Qué va, Carmela! A los toros no les tengo ni así de miedo. Ya verás... Ya verás...

Perico es un buen muchacho. Serio, trabajador, honrado, pero ante las mujeres presume no tener miedo a nada ni a nadie, y que si el propio diablo le saliera, ni siquiera lo sorprendería.

Pero no lleguemos hasta el diablo, porque Perico teme desde a los perros que gruñen y en forma muy particular teme a los toros, a los que tiene un miedo atroz.

Esto naturalmente lo sabe su prima Carmela, y por lo mismo, ahora que se han encontrado en el campo, de paseo con sus familiares, ella se ríe cuando Perico le dice que va a acompañar a los vaqueros al día siguiente, en la madrugada, a bajar el temido toro pinto que anda por el cerro.

En realidad, él no había tenido siquiera la atención de levantarse temprano al siguiente día, pero cuando la propia Carmen, graciosamente vestida de vaquero va a despertarle y a decirle que ya es hora de levantarse para bajar el toro pinto, Perico no tiene más remedio que hacer de tripas corazón e incorporarse al alegre y joven grupo de vaqueros, a quienes acompaña Carmela.

Ella se ha puesto de acuerdo previamente con los vaqueros y han convenido que al regreso dejarán solo a Perico y le soltarán el toro, para que se le quite lo hablador y presumido. Mientras Perico,

ignorante del plan, desborda su alegría con gritos y canciones que entona con todos los jóvenes del grupo.

Pronto llegan al cerro. Los vaqueros se distribuyen en puntos estratégicos y, para que Perico se considere gente importante ante Carmela, le señalan unas atribuciones que en realidad no tienen importancia, pues el toro lo buscará y lo bajarán entre ellos solos.

Al cabo de un buen rato y después de gritos, carreras y lazos, regresa el grupo trayendo el temido toro pinto, que brama con fuerza y lanza bufidos de coraje. En algunas ocasiones se resiste a caminar, baja la testa. Escarba el suelo y de improviso corre persiguiendo a alguno del grupo, motivando nuevos gritos, guacos y carreras.

En un recodo del camino y de acuerdo con el plan, los vaqueros se alejan de Perico dejándolo solo mientras trata de cazar unos pajarillos, y de inmediato sueltan el toro.

La bestia brama iracunda, bufa, escarba y se lanza contra el distraído Perico. Su caballo, pendiente de todo, emprende el galope para salvarse del bicho bravo. Perico recibe una sorpresa mayúscula y soltando la rienda, se coge instintivamente de la cabeza de la silla y aprieta sus piernas contra la cabalgadura.

Y allá van el toro bravo tras de cabalgadura y jinete. Este, terriblemente asustado, pero firmemente cogido con pies y manos. El caballo corre veloz serpenteando por la vereda. Mas de pronto se encuentra ante un lienzo de piedra, que decididamente lo salva con un gran salto, pero como Perico no es propiamente un buen jinete, cae de espaldas por los suelos. Ahí hubiese quedado, doliéndose del golpe. Pero el toro se acerca... ¡Sí! ¡Ahí viene!

—Tengo que volar —dice Perico.

Y poniéndose de pie emprende rápida carrera, encontrando un árbol salvador a donde ágilmente trepa, pero la rama cruje, se rompe y Perico cae al suelo de nuevo.

¡Ya se acerca el toro! ¡Ya...! ¡Ya...! Mas un oportuno pial de uno de los vaqueros, que regocijadamente han seguido las escenas muy de cerca, hace rodar al toro muy oportunamente.

Perico, al fin, puede respirar con tranquilidad. Pero... ¡Qué susto ha sufrido!

Carmela y los vaqueros ríen con sonoras carcajadas que hacen ponerse rojo de vergüenza a Perico, quien no vuelve a presumir más de valor.

II

Los años han pasado. Perico ha contraído matrimonio con Margarita, su dulce amiga de la niñez, preciosa y buena mujercita, quien ya espera un hijo. Ambos desean ardientemente que llegue el momento en que puedan tenerlo entre sus brazos.

Mas Perico quiere que el vástago sea hombre, para que sea músico y poeta, como él. Que guste de las mieles de la inspiración y llegue a ser conocido y renombrado en todo el mundo.

Margarita, por su parte, quiere que sea mujer, así es que discuten en varias ocasiones, señalando cada quien las ventajas que se ve en un sexo sobre el otro, queriendo que su opinión prevalezca.

De estas discusiones se ha enterado naturalmente Carmela, la alegre prima de Perico, discutiendo también con él sobre el mismo asunto, con su palabra encendida y fogosa, en apoyo de Margarita.

Pero él no se da por vencido. Por el contrario, se dedica a leer ávidamente diferentes libros sobre el matrimonio y sus consecuencias. Estudia varios casos que conoce. Observa a su mujer, y sus apreciaciones lo llevan a la conclusión de que el ser que vendrá va a ser un hombre.

Por consiguiente, discute con mayor entusiasmo y calor, principalmente con Carmela, considerando de antemano ganada la partida.

Ella tampoco se declara vencida. Por el contrario, cierto día, al calor de la discusión, concerta una apuesta con Perico: si la criatura resulta ser hombre, ella aceptará casarse con José María, un pretendiente que en repetidas ocasiones le ha propuesto matrimonio, pero a quien ella detesta.

Pero si resulta ser mujer, Perico tomaría parte en la cuadrilla de aficionados que lidiará una corrida de toros en la próxima feria del pueblo, cuya oportunidad servirá a Perico para demostrar a Carmela que no les tiene miedo a los toros.

Así van transcurriendo los días que a Perico, a Margarita y Carmela les parecen muy largos. Y los van contado, contado, esperando que llegue el día que va a dilucidar quién ganara la apuesta.

Faltan 36, según sus cálculos, para que arribe al mundo la criatura... Faltan 28... Faltan 12... ¡Ya faltan 2 solamente y Carmela se traslada a casa de Perico para esperar el desenlace!

La noche anterior a la fecha que creen será la del esperado acontecimiento, la pasan todos espectadores, pero transcurre sin novedad. También el día, así como el siguiente. ¿Qué ocurrirá...? Verifican fechas y cálculos... Ya debería haber llegado la criatura... Pero hay que seguir esperando... Llegará de un momento a otro.

Por fin se presentan los síntomas... se llama al médico... Llega presto... Perico quiere estar en el aposento de Margarita, pero se lo prohíben y solo permanece ahí Carmela, quien ayudará al doctor en sus menesteres.

Perico queda fuera, con las manos en los bolsillos, paseando nerviosamente de aquí para allá y más allá, por todas las habitaciones. Enciende un cigarrillo, lo fuma brevemente y luego lo tira para encender otro. ¿Que será...? ¿Qué será...? ¿Se casará Carmela con Jose María...? ¿O toreará él en la feria...?

Transcurren varios minutos que le parecen larguísimos y cuando ya desesperaba, se escucha dentro el llanto del nuevo ser. Rápidamente se acerca Perico... Pero antes de llegar, asoma la graciosa cabeza de Carmela, quien sonríe, rebozando alegría por los ojos y semblante, le grita: ¡Torearás en la feria!

Perico tiene que cogerse de un pilar porque en su mente ve de pronto un enorme toro pinto que, bufando y escarbando la arena, trata de embestirle.

III

El tiempo pasa ahora muy rápidamente Para perico, quien como hombre íntegro que dice ser, siempre sostiene sus palabras, cuéstele lo que le cueste.

Va a la capital a presenciar algunas corridas de toro, tratando de adquirir conocimiento sobre la materia, y se compra un manual para toreros, que dice lo escribió un tal Bombita I.

Con el libro en la diestra y el capote en la siniestra, va unos días al rastro del pueblo, tratando de ensayar con los bueyes y vacas de matanza que, en lugar de embestir, se echan al suelo para seguir rumiando.

Entre tanto, se ha estado anunciando la feria con toda profusión por ciudades y pueblos comarcanos, que indudablemente se volcarán en ella todo los días. Perico, por su parte, desea que algún ciclón o algún terremoto vengan a suspenderla.

El comité organizador trabaja con entusiasmo y luego lanzan los programas especiales, en los que Perico, abriendo mucho lo ojos y palideciendo, descubre su nombre figurando como banderillero en una de las cuadrillas de aficionados que tendrá a su cargo la corrida del viernes 13 de febrero.

Carmela, la muchacha lista, pasó el nombre de Perico a los organizadores de la feria con toda oportunidad y está preparada ya para presenciar tan magno espectáculo.

¡Y principia la feria! ¡La feria llena de alegría, con sus corridas de toros, sus serenatas llenas de muchachas, y sus bailes llenos de humor! ¡También muchos cohetes, castillos y diversidad de juegos!

Mientras, Perico palidece y adelgaza más cada día, aunque decidido firmemente a cumplir con sus palabras.

¡Y llega el viernes 13! ¡El tradicional Día de los Pollos! Perico no ha podido dormir la noche anterior. Hoy no tiene apetito. No desayuna ni come. A las cuatro de la tarde tiene que reunirse con sus compañeros de cuadrilla en la casa del matador.

Lúgubrementemente llega la hora. Perico acongojado, se prepara y parte a la cita. Margarita se queda en casa rezando. Él también llega de paso al templo, a implorar la protección de la Virgen, y enseguida a la cantina, a ingerir unos tragos de valor.

Momentos después llegan los lidiadores a la plaza de toros, llena de gente alegre y bulliciosa que corea con «olés» la entrada de las jóvenes y garbosas señoritas que desfilan a bordo de carros descubiertos, como reinas de la fiesta, instalándose en el palco principal. Entre ellas, Carmela sonrío.

Luego, la banda de música inicia un paso doble y las cuadrillas inician el paseo. Perico no sonrío, está bañado en sudor.

Luego el clarín ordena la salida del primer toro, que corresponde precisamente a la cuadrilla de Perico. Aquel toque le parece un toque de muerte.

Se abre la puerta del torito y brinca a la arena un becerro.

—¡Bah! Es un becerro —dice Perico.

Pasa el primer tercio, que a Perico se le hace brevísimo y su matador le ordena banderillas. Perico sale a la arena temblando. Cita al toro, y este, bajando la testa lanza un bufido, escarba la arena y ante los ojos de Perico va creciendo, creciendo desmesuradamente hasta convertirse en un toro monstruoso que lo petrifica.

Luego el becerro se arranca veloz y propinándole soberbio tope, lanza a Perico por los aires dando una voltereta, como el salto mortal de los trapevistas, que hace reír estrepitosamente a la multitud.

Inmediatamente se pone de pie, y cojeando, corre y corre perseguido por el becerro que de otro certero tope lo lanza dentro del callejón.

El público ríe estruendosamente y la banda de música contribuye con una diana, mientras Perico se pone de pie.

Carmela, la reina, lo llama a su palco. Se resiste a ir, pero al fin es levantado en vilo por sus compañeros que lo llevan al palco real a recibir de mano de su vencedora el premio de la tarde para su «valor».

Profesión peligrosa

—¿Será Protasio...? Me parece imposible. Él era distinto, de bien cuidado bigote y negrísima cabellera. En cambio este señor está instalando una peluquería, no usa bigote y su cabeza está cana. Pero... coinciden en sus modales... en su andar... Son distinguidos en el vestir... Tal vez sí sea Protasio este señor. ¡Voy a saludarlo!

Este fue un monólogo que sostuve cierto día en que, después de salir de mi trabajo, iba a casa a comer y a descansar. Como siempre, yo iba viendo y observando todas las personas y cosas que encontraba o había en mi camino.

Y en un local que estuvieron reconstruyendo unos albañiles, observé que se estaba instalando una peluquería y la persona que dirigía la maniobra y posiblemente fuera el dueño, me pareció que era mi amigo Protasio Pérez y Pérez, a quien no veía desde algunos años atrás.

Protasio y yo fuimos amigos de niñez y de juventud. Sus padres eran unos agricultores fuereños que vinieron a radicar a mi pueblo y compraron una casa enfrente a la mía, en la que vivieron durante muchos años. Él estaba chico, como yo, y seguramente por nuestra vecindad, o por no haber más chicos cerca de nuestra casa, nos hicimos grandes amigos.

Estuvimos juntos en la escuela y pedíamos siempre a la maestra, al principiar cada nuevo año de labores, que nos sentara en el mismo banco. Juntos participamos en las pintas, en la riñas, y en una guerra que los alumnos de nuestra escuela sostuvimos con la

otra del pueblo, porque uno de la de nosotros dijo que los de la otra eran puros tarugos.

Después él salió a la capital a continuar sus estudios y aunque yo me quedé en el pueblo, nuestra amistad no se alteró. Nos escribíamos de vez en vez y cuando él venía al pueblo de vacaciones, salíamos al campo, sacábamos la música, organizábamos bailecitos, etcétera.

Al paso del tiempo se tituló odontólogo y regresó al pueblo definitivamente, en donde instaló su consultorio, teniendo muy buen éxito.

Al cabo de algunos años murieron sus padres, estalló la revolución, tuvo algunos trastornos y un buen día me dio una sorpresa diciéndome que se iba, sin descubrirme a dónde, y se alejó del pueblo llevándose el poco instrumental que le quedaba.

Nunca tuve noticia alguna de su paradero; por eso el día que vi al peluquero de marras, muy parecido en muchos detalles a mi amigo Protasio, por nuestra antigua amistad y estimación me acerqué al local aquel para cerciorarme si era él o no lo era.

El señor estaba dando la espalda a la puerta, limpiando unos espejos. Llegué. Toque la puerta. Volteó y sin esperar más se vino de prisa hacia mí, abrazándome tan fuertemente que me hizo pujar.

—¡Ernesto!

—¡Protasio! ¡Tú eres Protasio!

Yo también lo abrazo; nos vemos de arriba abajo, nos estrechamos las manos con fuerza. Me ofrece una silla, coge él otra y nos sentamos a platicar. ¡Tenemos tantas cosas de que hablar que posiblemente no nos basten algunos días con sus respectivas noches!

Nos interrumpimos con frecuencia haciendo nuevas preguntas, como temiendo que si no las hacemos luego, se nos olvidarán después. Pasa el tiempo y optamos por salir a algún bar, a tomar una cerveza para cobrar apetito e ir a mi casa a comer. Lo he invitado.

Todo recordamos y al fin llega la conversación al tema de su cambio de profesión, tema que me tenía intrigado desde que lo vi.

—¿Por qué dejaste tu profesión, Protasio? Te iba bastante bien. Tus conocimientos en la materia y tu amabilidad con los clientes te atraían muchos más.

—Efectivamente. Me iba muy bien. Pero... escucha... (Y principió a contarme su historia).

II

Todo caminó perfectamente mientras vivieron mis padres, pero a raíz de su muerte, que como recordarás, casi fue simultánea, sufrimos robos en el rancho; se vino la revolución y finalmente nos quitaron el rancho. Yo me enfermé, tuve que vender parte de mis muebles e instrumentos quirúrgicos y desesperado de tanto y tan continuo trastorno, resolvíirme yo mismo a las filas de los revolucionarios, a las ordenes de Santos. ¿Te acuerdas de Santos...? Se había hecho general, y me nombró coronel, jefe de su estado mayor.

Así anduve varios meses, ya en el cerro, ya en los planes, en este pueblo y en este otro y entre tanto, como tú comprenderás, nunca volví a sacar una muela; ni siquiera a curar una postemilla. Solo traía en una de mis maletas, como recuerdo de «Protasio Pérez y Pérez. Odontólogo», los pocos útiles que me había quedado y que poco a poco se iban enmoheciendo.

Un día de tregua entre tantos días de combates y de carreras, por cierto un martes 13, llegó a nuestro campamento un emisario de cierto general llamado Nicasio, correligionario nuestro, a quien yo no conocía, pero que era un gran amigo de Santos y tenía su cuartel general a unos cuantos kilómetros del nuestro.

El tal general Nicasio mandaba decir que había sabido que en nuestro regimiento andaba un dentista y que como a él le estaba doliendo mucho una muela desde la tarde anterior, quería que se lo mandaran para que le hiciera algún remedio, o se la sacara si ya no había «ídem».

De nada valieron excusas ni pretextos que yo puse a Santos por delante, negándome a ir. Yo estaba falto de práctica, de elementos y de conocimiento del terreno donde iba a actuar, o sea la boca del general Nicasio, pero no valieron argumentos, por lo que acompañado de mi asistente y de otro soldado, partí hacia el cuartel del adolorido general Nicasio.

Este era un tipo alto, grueso, de cara redonda y colorada, barbudo y de cejas juntas y muy pobladas. Desde que lo saludé sentí

un calosfrío en la espalda, pues tenía unos molares perfectamente desarrollados y de grandes dimensiones, que con seguridad tendrían las raíces demasiado profundas y, por lo tanto, muy difíciles de extirpar.

Además se encontraba borracho, porque según me dijo, se había pasado la noche haciendo bucheros de aguardiente, que para no desperdiciar, se los pasaba al estómago.

Después de un seco saludo y cerciorado de que yo soy el «dentista», me dice:

—¡A darle, amigo! ¡Y si no me la cura o me la saca, se lo lleva la chi... na poblana.

Me puse a temblar, por lo que para cobrar ánimos, apuré rápidamente un trago de aguardiente de la botella de Nicasio, que estaba llena de saliva, pero ni asco sentí.

Aquellos estaban de los diablos. ¿Cómo iba a curar la muela si no llevaba ni lo absolutamente indispensable...? ¿Y con aquellas advertencias tan poco agradables...?

Me hice tonto con uno y otro de los fierritos que llevaba en el maletín, aplicándole algodones empapados con simple agua, tratando de sugestionarlo y preguntándole: ¿Ya se le quita...?, recibiendo por respuesta un rugido: ¡NOOO!

Yo estaba pidiendo a dios, a la virgen, a todo los santos, ángeles, arcángeles y más miembros de la corte celestial que le quitaran el dolor a Nicasio, porque comprendía que la extracción de su muela me sería en extremo difícil. Pero ninguno me escuchó, por lo que al cabo de unos minutos que me parecieron eternos, mientras que el general se había puesto más bravo que un toro con banderillas, le dije que no había más remedio que sacársela.

—Ya la tuviera en el suelo, dentista del demonio —rugió otra vez.

Así pues, yo me encomendé al ángel de mi guardia y principié la obra. Empezaba a obscurecer y empezaba a correrme por la espalda un sudor muy frío.

Localicé bien la muela. La cogí cuidadosamente con las tenazas. Concentré mi atención y mi fuerza en los brazos y tiré con furia.

Pero... solo conseguí que Nicasio rugiera con más furia todavía, y me maldijera todos mis ascendientes.

Hice nuevamente el intento, con más atención y fuerza que el anterior, obteniendo el mismo resultado. Parecía que aquella muela y la mandíbula donde se encontraba eran una sola pieza de hierro.

Todo mi cuerpo temblaba nerviosamente. Mis ojos estaban hundidos en sus órbitas y el sudor frío ya brotaba tanto de la espalda como de la cabeza, manos y pies, teniendo empapada toda mi ropa.

Nicasio estaba hecho un energúmeno. Se tomaba la quijada con una de sus manasas; se cogía la cabeza con ambas; gruñía... rugía... pataleaba el suelo... me maldecía... Y con voz de trueno me ordenó que hiciera otro intento y que si no se le sacaba, me mataba inmediatamente.

Quise correr, pero pensé que sería en vano, quizás en ese nuevo intento podía tener éxito. Valía la pena hacerlo. Así es que me encomendé otra vez, no tan solo al ángel de mi guarda, sino a cuanto ser divino me vino al pensamiento, cogí de nuevo la muela, subí un pie a la silla que servía de asiento a Nicasio para tomar más fuerza para el tirón decisivo. Me apoyé también con la mano izquierda en el respaldo, y con la derecha apreté las tenazas con ira, con desesperación y con toda mi alma. Conté mentalmente: uno... dos... y al ¡tres!... di un jalón tan potente que silla, tenazas, general y yo caímos al suelo.

Conté mentalmente: Uno... Dos... Y al ¡tres!... Di un jalón tan potente que silla, tenazas, general y yo caímos al suelo.

III

Cuando desperté, estaba acostado en mi cama, en el cuartel de Santos y mi fiel asistente estaba a mi lado. El reloj marcaba las tres y media de la mañana. El calendario señalaba: miércoles 14. Me dolían el brazo derecho y la espalda, por los tirones y la caída final.

¿La caída... La caída ...? ¡Ah...! Empecé a recordar lo sucedido el día anterior, pero todo llegaba hasta ahí, hasta la caída. Después de ella no recordaba nada. Seguramente me había desmayado.

Pregunté a mi asistente y supe que efectivamente perdí el conocimiento. Que Nicasio se levantó como una fiera herida y ya

sacaba su pistola para matarme, fiel a su promesa, porque la muela se quedó inmovible en su sitio, cuando entraron mis asistentes y algunos oficiales de Nicasio, atraídos por los ruidos y estrépito de nuestra caída, quienes a duras penas lo abrazaron, le quitaron la pistola y evitaron mi asesinato, mandándome inmediatamente a nuestro campamento, como un fardo, sobre una mula.

Al poco rato entró Santos, quien ya estaba enterado de lo sucedido y rió a mandíbula batiente por todo aquello. Yo le expresé mis temores de que Nicasio llevara a cabo su amenaza, pero me dijo que mientras anduviera con él, con Santos, no debía temer nada.

Así viví sin pendiente alguno hasta que terminó la revolución, razón por la que tuvimos que separarnos Santos y yo. Y como el general Nicasio no andaba lejos, y quizá no olvidara todavía el incidente, yo opté por quitarme el bigote para perder algo de la fisonomía conocida por él. Me ayudó también mi prematuro encanecimiento, debido seguramente a aquel terrible martes 13, y me vine a nuestro pueblo.

Para evitar hasta lo posible cualquier indicio o señal que pudiera identificarme ante Nicasio, me voy a dedicar a la peluquería, como ya lo has visto, cuyos conocimientos los adquirí entre los combates.

Los utensilios de sacar muelas los enterré antes de venirme, no sea que en alguna ocasión me vaya a ver obligado otra vez a sacar una muela a otro general Nicasio.

Un héroe

—El tiempo pasa con raudo vuelo. No creo yo ser aquel muchacho chaparro, prieto y chato, que a pesar de tan desagradable figura, que podía haber infundido miedo por sí sola, perdió siempre todas la riñas en que intervino en la escuela. Eso lo recuerdo como algo tan lejanos... tan lejano... y a la vez recuerdo a casi todos los compañeros de clase. Los salones con su pizarrones y sus mapas, los amplios corredores que tan altos nos parecían, las maestras... Todos pasan en mi mente como si fuera un cinematógrafo que proyectase mi propia vida. ¡Oh, la vida! ¡Cuántas cosas, dulces y amargas, alegres y tristes, nos va trayendo en cada día...!

Era mi amigo Agapito quien hablaba así, fumando pausadamente un cigarrillo, contemplando las volutas de humo que se perdían en el espacio y suspirando de vez en cuando. En la escuela fuimos magníficos amigos, pues nos parecíamos, tanto física como moral y espiritualmente, y andábamos juntos todos los días, circunstancia que motivó que la gente nos creyera hermanos. Ahora él era el mismo muchacho, solo muy crecido, mientras que yo seguía siendo chaparro.

La única cosa que nos diferenciaba era que, mientras yo rehuía las riñas y nunca sostuve una en la escuela, Agapito no perdía ocasión propicia para liarse a golpes, sacando, eso sí, la mejor parte casi siempre, o sea que recibía los mejores golpes.

Su nombre era desquiciado por casi todos los compañeros y eso lo ponía furioso. Solo bastaba que alguien le dijera «pito» para que recibiera en cambio, si no estaba listo, un mojicón en la boca.

¡Ah! Pero nunca lo vi más enojado que en dos ocasiones. Una, cuando alguien le gritó: «pito de calabaza»; y otra, cuando cierto excuintle lo llamaba desde un extremo de la escuela diciendo: «¡Flauta! ¡Flauta!», y como mi amigo no se diera por aludido, el escuincle puntualizó: «A ti te llamo, Agapito».

En ambas ocasiones se le inyectaron los ojos, se le enrojeció toda la cara y la emprendió a golpe, sin compasión contra los burlones compañeros que quedaron con buenos recuerdos de los puños de Agapito, mientras este permaneció dos largos días hincado frente a una pared del salón de clases, con los brazos en cruz y sosteniendo un ladrillo en cada mano, como castigo impuesto a sus arranques bélicos por la directora de la escuela.

Su cálida sangre lo hizo abandonar el plantel para seguir a cierto regimiento que guarnecía al pueblo desde mucho tiempo atrás y que fue movilizado en los días inquietos de la revolución. Agapito era muy conocido entre la oficialidad y tropa, pues les hacía mandados, les lustraba las botas, les ayudaba a barrer el cuartel, etcétera, y en cambio recibía algunas monedas, comía y dormía entre ellos.

Así anduvo por algunas partes de la república, tranquilo en días de tregua; y ardiente y fogoso cuando había combates. ¡Ya corre por aquí! ¡Ya se atrapa por allá! ¡Lanza un reto al enemigo más allá! ¡Lleva cajas de parque a aquellas trincheras! ¡Botellas de aguardiente a aquella otra! O simplemente y en forma cautelosa, se asomaba entre algunos peñascos para observar los tiroteos, con peligro de que una bala le vuele la cabeza.

Su regimiento va acumulando batallas, la mayor parte de ellas ganadas, contribuyendo a la consolidación del supremo gobierno. Y mientras se han desarrollado las acciones, han corrido meses y meses, sumando ya dos años y medio.

II

Se vislumbra la paz. Solo quedan en la basta extensión del territorio gavillas aisladas de revoltosos, de las cuales la más importante merodea cerca del lugar donde acampa el regimiento de Agapito.

Pero los revoltosos han esquivado siempre un encuentro con el regimiento, por lo que estando en un día fresco, oloroso a flores y a huizaches, con un cielo limpio y azul, el coronel decide descansar de las fatigas de la persecución.

La caballada es soltada a un potrero. Los soldados, después de limpiar cuidadosamente sus armas y formarlas en castillos, se tienden bajo los árboles o bajo las carpas a descansar. Los oficiales juegan baraja, dado o volados, o contemplan indolentes el hermoso panorama que se ofrece a sus miradas, acostumbrados al polvo de los terregosos caminos y al humo de la pólvora.

Agapito ni se acuesta, ni juega, ni le llama la atención el paisaje. Busca la forma de aprovechar aquella preciosa mañana mejor que sus compañeros.

—¿Qué será bueno hacer...? —se pregunta y se sienta sobre una piedra, se toma la quijada y piensa.

De pronto se pone en pie y echa a correr a una carpa. Entra, busca algo entre unas cajas de cartuchos y saca una de ellas que le produce una amplia sonrisa, extrayendo de ella una docena de cohetones, de los que queman en mi pueblo el primer domingo de octubre, los cuales le había regalado el sacristán de la parroquia tres años antes, en la última función.

Agapito ha oído decir que algunas personas pescan en los ríos con cohetes, y él ha decidido ir a pescar con sus cohetones al arroyo que corre murmurador, muy cerca de ahí. No sabe cómo, pero se propone traer suficiente pescado para que lo disfrute todo el regimiento.

—¿A dónde vas, Agapito? —le preguntan los soldados.

—¡A pescar, compañeros, para que comamos sabroso hoy! —contesta y parte cantando, silbando, tirando piedras a las iguanas y a los tejones; en ratos corre y llega al fin al arroyo que corre entre limpios peñascos, bajo frescos sabinos que se mecen suavemente besando las ondas móviles y cristalinas.

Busca un charco hondo donde haya peces grandes y al no encontrarlos, se remonta por el arroyo. Encuentra algunos remansos, pero como no le satisfacen, porque los pescados son chicos o escasos sube más, y más hasta que, en otro remanso formado por

grandes peñas, descubre peces tan grandes y numerosos que hacen dar un vuelco a su corazón. Cuidadosamente se pone a alistar sus cohetes. ¡Qué buena pesca va a levantar!

III

Mientras tanto, allá abajo sigue descansando el regimiento; muchos soldados duermen ya, mientras los demás cabecean y dormitan, ajenos a un gran peligro que se cierne: El enemigo, que astutamente había esquivado un encuentro con el regimiento, en espera de una oportunidad como esta, cautelosamente se acerca para sorprenderlo.

Los rebeldes se distribuyen convenientemente en un amplio círculo que se va cerrando lenta y silenciosamente, reforzando muy bien el único punto de escape que es el arroyuelo.

Agapito está tan arriba de aquel lugar que ha quedado fuera del círculo y no se entera del movimiento militar que dentro de pocos momentos posiblemente extermine a sus compañeros, y se dispone a lanzar dentro del agua el primer cohete.

Los rebeldes avanzan... pero a uno de ellos, al tratar de salvar una zanja, se le cae el rifle que ya estaba preparado, disparándose al chocar contra una piedra. El disparo pone alerta a los soldados que dormitaban y despierta a los dormidos, enterándose todos del inminente peligro que corren.

Rápidamente se concentran, se van sobre las armas y se disponen a la defensa, formándose también en un apretado círculo para repeler la agresión, defendidos por barricadas de sacos de arena, piedras, troncos y todo lo que tienen a la mano, que con rapidez vertiginosa movilizan.

Se inicia el tiroteo, nutrido y cerrado, que detiene a los revoltosos en su avance, haciendo que Agapito, sorprendido, abandone sus trabajos de pesca cuando iba a encender el primer cohete, para enterarse de lo que pasa, sin imaginarse siquiera lo que está sucediendo.

A la altura en que se encontraba, solo le basta trepar a un árbol para descubrir que allá abajo, en el valle, sus compañeros están siendo atacados por un grupo superior, que los tiene rodeados.

Rápidamente baja, se ciñe los cohetones con su cinturón y temerariamente decide romper el círculo atacante y llegar hasta su regimiento, para pelear con él y morir en caso preciso, pues no quiere que la historia vaya a juzgar que abandonó las filas en el momento más crítico.

Corre y corre más, descubriendo la línea enemiga que defiende el arroyo, línea que forzosamente tiene que cruzar, por lo que al acercarse a la misma, detiene su carrera tirándose al suelo para avanzar aunque sea lentamente y evitar a todo trance ser descubierto.

Así avanza varios metros, pero por ahí en el suelo hay colillas encendidas de cigarros que tiraron los atacantes al movilizarse. Una de ellas enciende un cohete. Las chispas de este encienden otro y otro, desprendiéndose todos de su cinturón como balas, y se van rastreando velozmente.

El primero estalla entre las filas de los atacantes, precisamente en el grueso de la columna que cubre el escape del arroyo; y a los pocos instantes estalla el segundo, que se lleva el sombrero del general en jefe; luego el tercero, que desfigura la cara a un rebelde; otro despedaza al rifle de un sargento, y así van estallando los doce cohetones, que siembran tal desconcierto y pánico entre las filas atacantes que, creyendo haber sido sorprendidas por la espalda, emprenden la huida desorganizadamente, siendo perseguidas de inmediato por el glorioso regimiento que las diezma y destruye completamente, conquistando así la más brillante victoria de su carrera.

IV

Agapito, al oír el silbido del primer cohete, y enseguida todos los demás, sufre un susto terrible. Piensa que ha llegado su último momento, pues los rebeldes lo descubrirían. Y eso es nada, porque los cohetes le estallarán en el [...]²

² En el original mecanografiado en que se basa esta publicación el texto aparece incompleto.

El gran deportista

En aquel tiempo yo era entrenador del equipo de fútbol del club Titanes, en cuya ocupación ponía todo el cuidado y empeño para que nuestros colores conquistaran el mayor número de victorias posibles.

Entre aquella pléyade de muchachos que jugaban fútbol, destacaba uno por su entusiasmo y por el desempeño de cuanta comisión se le encomendaba, así como por maletas para patear la pelota. Se llamaba Cayetano.

Siempre era el primero en llegar a los entrenamientos, el más atento a mis explicaciones, el que más empeño ponía en las prácticas; pero desgraciadamente el más torpe para jugar.

Sin embargo su torpeza no lo desmoralizaba. Por el contrario, más temprano llegaba al entrenamiento cada día, y más tarde se alejaba del campo, pateando, cabeceando, driblando y tratando por todos los medios de dominar la pelota.

Además se compró Cayetano un balón, y en el pasillo de su casa hacía lo mismo desde que amanecía hasta que sus familiares se acostaban por la noche, luego de obligarlo a suspender sus golpes, ruidos y carreras.

El capitán del equipo le encomendaba siempre las tareas más molestas, como citar a los jugadores a los entrenamientos, inflar los balones, remendarlos, parchar las cámaras, rayar el campo, limpiar, regarlo... todo lo cual desempeñaba Cayetano con gusto, esperando una oportunidad de jugar en un encuentro formal.

Pero como el equipo lo integraba yo a base de los mejores jugadores, el pobre de Cayetano quedaba siempre en la banca descorazonado. Sin embargo, al siguiente entrenamiento era el primero en presentarse.

Así pasaron algunos meses sin que actuara Cayetano en ningún partido formal. Luego, la mayor parte de los jugadores se fueron del pueblo y el equipo se disolvió.

Y fue Cayetano, el del entusiasmo y afición sin igual, quien al poco tiempo, llamando a los jugadores que quedaban y a otros nuevos, organizó el equipo nuevamente y me llamó para que lo entrenase como la ocasión anterior.

Así se inició otra odisea de Cayetano, organizando, citando, arengando a todos, pero sin mejorar de calidad de juego, por lo que volvió a calentar la banca en todos los partidos que jugamos.

En algunas ocasiones se desesperaba y me increpaba para que lo alinease en el equipo aunque fuera una vez; en otras ocasiones me hablaba con tristeza, conmoviéndome, pero considerando la trascendencia de todos los partidos, yo me resistía a darle la oportunidad.

Las derrotas que llegó a tener el equipo daban a Cayetano un ligero alivio a sus penas, alimentando su esperanza de alinear en el siguiente partido.

Tanto insistió en jugar, y en realidad lo tenía tan merecido, que le prometí que jugaría en el siguiente encuentro, que sería un número del programa conmemorativo del aniversario de la revolución. ¡Cayetano saltó de alegría al escucharme!

Para él transcurrieron muy lentamente los días, que iba contando con impaciencia. En cada entrenamiento me decía: «Faltan doce...» Luego «Faltan siete... Falta tres...» ¡Y cómo rebozaba alegría el día anterior al ansiado partido!

Lo encontré en el jardín, sonriendo, con varios amigos a quienes anticipaba lo que iba a hacer en el esperado encuentro.

II

Los festejos se van desarrollando conforme al programa. Primero mañanitas para el apóstol Madero. Luego, un desfile en el que

toman parte todas las agrupaciones del pueblo; enseguida, una ceremonia cívica en la cual los oradores hablan y hablan de la revolución.

En la tarde será el partido de futbol y en la noche habrá serenata, con flores, serpentinas, luces y un castillo de fuegos pirotécnicos. El encuentro de futbol lo sostendrá el Titanes contra el Piratas, en disputa de una copa que ha donado el dueño de una fábrica de tequila.

Cayetano alinea en el medio izquierdo. Está muy nervioso, pero sonriente. Principia al partido. El Piratas avanza por su lado. Cayetano pretende interceptar y falla la patada. La gente ríe. Él se sonroja.

Momentos después, sin enemigos ni acción al frente, resbala y cae. Pero por el lado derecho nuestro equipo avanza y consume el primer gol, que hace que el enemigo ataque con denuedo.

Cayetano corre para allá y corre para acá. A veces logra patear la bola, en otras falla y en otras cae al pasto, y en un relampagueante avance de los contrincantes, que obligan a salir a nuestro portero, Cayetano corre a cubrir la meta. El centro delantero enemigo tira. Cayetano trata de rechazar, pero rebana la bola que se introduce a nuestras metas para empatar la anotación.

¡Uuuh!, grita el público y al grito suceden los silbidos, haciendo que Cayetano se sonroje y agache la cabeza. Silenciosamente se encamina luego a su puesto, para reanudar el partido.

Los del bando enemigo han observado nuestra falla y organizan todos sus avances por el lado de Cayetano, quien, impotente para detener la avalancha, se concreta a trotar, a gritar a propios y extraños, a fallar patadas, a caer, a quitar balones a los compañeros, a rascarse la cabeza.

Y para rubricar su actuación, haciéndose cerrado nuestros medios y defensas dentro del área penal para defender la meta de uno de tantos ataques enemigos, se produce un tiro alto que Cayetano, sin necesidad alguna, corta con las manos.

Se tira el penalti, que se convierte en el segundo punto de los enemigos, siendo en vano nuestros esfuerzos para variar la anotación, pues el tiempo vuela y resultamos derrotados por 2 goles a 1.

Apenas suena el silbatazo final, Cayetano corre, coge sus ropas y emprende la huida por las calles rumbo a su casa, para no escuchar los sarcásticos comentarios del público sobre su actuación tantas veces solicitada y tanto tiempo esperada.

Pasan varios entrenamientos sin que Cayetano asista. Ha desaparecido del club, del jardín y de cuantos lugares frecuentamos, pero cuando considera que se ha atenuado, o tal vez olvidado, la impresión que dejó, se presenta de nuevo a la cancha, siendo objeto de una recepción muy calurosa y con frases muy elocuentes. Él resiste en silencio el chaparrón y vuelve a entrenar con entusiasmo y optimismo sin igual.

En los encuentros siguientes no me pide que se le incluya. Callado asiste y solo grita para alentar a los compañeros. Corre a auxiliar a quien lo necesita; atiende a los lesionados; lleva agua, limones y chiles que reparte generosamente.

Pero al cabo de los meses insiste en jugar de nuevo y de nuevo lo tengo encima diariamente, a la salida de los entrenamientos y de las reuniones, pidiéndome que lo incluya en la siguiente alineación.

Al principio tengo argumentos convincentes para negarme, pero después, no teniendo uno más, le prometo que jugará cuando vayamos a Cihuatlán, lo cual considero improbable, porque estamos en pleno temporal de lluvias y se ha suspendido el tránsito para aquella región costera.

Pero Cayetano otra vez brinca de gusto y empieza a contar los días que faltan para el mes de noviembre, en que considera que haremos el viaje. ¡Faltan sesenta y tres...! ¡Faltan veintinueve...! ¡Faltan once...! ¡Faltan dos...!

Estamos a 30 de octubre y según la correspondencia que se ha cruzado con los muchachos de Cihuatlán, jugaremos allá el día 6 de noviembre. Así es que Cayetano inicia nuevo conteo. ¡Faltan ocho días...! ¡Faltan cuatro...! Etcétera.

III

En medio de un primoroso bosque de palmeras se encuentra acondicionado el campo de futbol de Cihuatlán. El pueblo ha acudido

en masa, pues se trata de la iniciación de la temporada y de la primera ocasión que juega allá el equipo Titanes de Autlán.

El encuentro será difícil, pero jugará Cayetano y llevará nada menos que la batuta del equipo: será el centro medio. O se consagra o se retira definitivamente del fútbol.

Luego de una breve ceremonia a la que asisten el presidente municipal, el comandante de policía, el dueño de un aserradero, el dueño de una cantina, el dueño de un camión y un bolero, da principio el juego.

Con gran rapidez se suceden las jugadas que resultan agotantes para nuestro equipo, por el sofocante calor. Cayetano vuelve a demostrar la facilidad que tiene para caer, para fallar, para quitar bolas a los compañeros y entregarlas a los enemigos, pero su entusiasmo único lo hace incansable; y corre y corre sin demostrar síntoma alguno de agotamiento.

Pasa la primera parte y el marcador no se ha movido. Entramos a la segunda, agotadísimos, y nos dedicamos a una defensa heroica. Un empate lo consideramos, a estas alturas, como un triunfo.

Solo de vez en cuando, sacando fuerza de flaqueza, podemos organizar cargas aisladas y en una de estas se hace Cayetano de la bola. Por fortuna no se la quitan. Corre unos metros y grita: «¡Listo, Ernesto...!», soltando la patada.

Yo cubro el ala izquierda y espero la bolsa para lanzarme sobre la meta enemiga, pero... Cayetano ha fallado como siempre, porque en lugar de venir la bola hacia mí, se va a gran altura con dirección a la meta enemiga.

El portero salta, trata de retenerla, pero por un extraño efecto que ha cogido, se le escapa y se anida en la red para darnos el primer punto del partido.

Cayetano, al lanzar la patada, queda estupefacto al ver que la bola se va a otro lugar del que él pretendía. Luego, al verla caer sobre la meta enemiga y que se escapa al portero, abre desmesuradamente ojos y boca, y enseguida, cuando la ve anidarse dentro de la red, se desploma sobre el pasto... ¡Desmayado!

¿La impresión... o el cansancio...? ¡Quién sabe! Todos corremos hacia él y lo encontramos tirado en el suelo, con los brazos en cruz.

Lo frotamos con alcohol, lo levantamos y a los pocos instantes recobra el conocimiento. Sus ojos se ven extraños; su mano derecha apunta a la lejanía mientras nos dice: «¡Miren! ¡Fue gol! ¡Fue gol!».

Cayetano no puede seguir jugando, así es que continuamos y concluimos el partido los diez jugadores restantes, obteniendo el triunfo por un gol a cero.

¡Cayetano se ha consagrado!

El incrédulo

Don Acasio era incrédulo. Para él no existía dios. Ni había diablos, ni purgatorio, ni infiernos, ni nada. Decía que el universo había surgido de la nada. Que dios era la necesidad de la gente de creer en algo para sobrellevar sus penas y mantener esperanzas. Que el diablo era un pobre diablo con el que deseaba toparse a la vuelta de una esquina. Que el purgatorio y el infierno son la propia vida, a veces miserable, llena de temores, de penas y de preocupaciones.

Don Acasio era amante de la discusiones y en cierta ocasiones un grupo de amigos se rió de él, cuando afirmó que no existe el alma, y que el cuerpo es solo materia perecedera; que al morir al cuerpo y sepultarlo, ahí queda sepultado todo, siendo imposible que algo se separe de él para seguir vagando eternamente, agredando para remachar:

—¿Dónde diablos se encuentran tantos millones y millones de almas de toda la gente que ha muerto hasta ahora...?

Don Acasio no era filósofo, era solo un tipo al que le gustaba saber de todos, meterse en todo, figurar en todo, pero lo que iba conociendo lo interpretaba a su manera y conforme a sus creencias. Gustaba de leer a los buenos escritores, ante cuyos libros también se ponía a discutir cuando consideraba que iban contra lo que él pensaba o creía.

Don Acasio era joven, de unos veintinueve años, pero si le llamábamos don Acasio se debía al aire de gravedad que se daba y a la sapiencia que presumía, lo cual no le quitaba una especial simpatía, haciéndole agradable en sus conversaciones, en sus discusiones o en

sus compañías, razón por la que siempre andaba con amigos, saludando a una persona aquí, entregando una sonrisa allá, etcétera.

Y como además se encontraba soltero porque las muchachas del lugar no llenaban los requisitos morales y físicos que él exigía, más de los primeros que de los segundos, don Acasio andaba aquí y allá, formulando declaraciones amorosas que se habían traducido en noviazgos con la mayor parte de ellas, entre quienes esperaba aún encontrar la mujer soñada.

Un día en que habíamos discutido de todo, yo le pregunto:

—Oiga, don Acasio, ¿usted cree que haya hechiceros?

—Mmm. ¿Acaso me ves la P en la frente? Esas son historias de la gente inculta.

—Tal vez. Pero yo he oído contar tantas cosas... que aunque tampoco lo creo, pienso que puede haber algo de cierto en esas historias.

—¡Cómo no! —tercia un compañero— ¡Y mucho que hay de cierto! Yo le demostraré a usted, don Acasio, que sí hay hechiceros. Más mujeres que hombres, y que hacen cosas que difícilmente se creen. ¡Y no vayamos muy lejos! ¿Sabía usted, don Acasio, que Susana es hechicera?

Don Acasio se sorprende y prosigue el compañero, que se llama Eulalio:

—¡Susana! ¡Sí! ¡Susana, la mujer más guapa del barrio de Las Montañas!

—¡¿Susana...?! —exclaman todos.

—Bueno —continúa Eulalio—, yo apuesto un centenario a que usted, don Acasio, no se atreve a hablarle de amor.

—¡Cómo que no! —contesta al aludido—. ¿Pues quién crees que soy yo?

Entre pláticas y bromas don Acasio se compromete a hacer el amor a Susana para demostrarnos que no hay hechiceros, pero que si acaso los hubiese y Susana fuera uno de ellos, él no les tiene miedo alguno, y así como al diablo, desea encontrarse con un hechicero.

Susana era una preciosa muñeca de dieciocho abriles; su cuerpo parecía haber sido modelado por los propios ángeles; su tez era

tersa y apiñonada; sus ojos grandes, negros y vivos; sus labios, como una rosa roja en botón, que al sonreír producía encantadores hoyuelos en sus mejillas; su cabello era negro, rizado en bucles que le caían graciosamente sobre los hombros, y de ese conjunto de milagros de hermosura brotaba un algo cautivador, que embriagaba la vista y el corazón.

En verdad Susana era un hechicera, merced a sus encantos casi divinos y de ese hechizo era del que hablaba Eulalio, pero sin precisar, para que el vanidoso e incrédulo don Acasio cayera en él como habían caído ya algunos polluelos que salieron desplumados.

Ya veríamos lo que hiciera don Acasio frente a Susana. Él, que tantas novias había tenido, que tanta experiencia presumía, y tanto desprecio para las creencias del pueblo sentía.

II

Don Acasio empezó a pasar por la calle de Susana. Después, procuró horas propicias para saludarla con mucha cortesía. El día de su cumpleaños le envió un ramo de gardenias con una tarjeta de seda.

Siguió pasando. Le llevó serenatas con la mejor orquesta del pueblo y por fin, cierta noche, en un momento oportuno, le declaró su amor, porque en verdad ya se había enamorado de ella.

Susana recibió todas las expresiones de don Acasio, graciosa y amablemente. Mas la declaración de amor no la aceptó hasta transcurridos varios días, entre los cuales él renovó sus serenatas bajo las estrellas y sus ramos de rosas, gardenias y claveles, todos blancos, como él decía que era su amor.

Al fin se hicieron novios y don Acasio buscó a Eulalio para reclamarle el centenario que ya consideraba haber ganado, pero este le aclara:

—Calma, don Acasio. El experimento apenas empieza. Espere-mos unos meses. Ya quedará usted hechizado, trastornado, vencido. Si no es así, inmediatamente le pago su centenario. Don Acasio lanzó una carcajada y se alejó.

El tiempo, por su parte, prosiguió su marcha inmutablemente. La vida del pueblo continuó desarrollándose, monótona, como siempre. Las hojas de los árboles y las flores de las plantas cayeron.

Vinieron las lluvias, los relámpagos y los truenos. Brotaron nuevos y vigorosos capullos. Campos, colinas y montañas se cubrieron de verduras. Nacieron las semillas en los surcos. Brotaron los tallos y salieron las espigas doradas.

Y ciertos días nos encontramos a don Acasio en la cantina. A él, que era un abstemio contumaz. Tiene a su lado un mariachi, él, que siempre prefiere la orquesta. Bebe y bebe. Habla fuerte, grita, golpea la mesa... Pero en verdad, ¿es don Acasio...?

¡Sí! Es don Acasio, que se ha enamorado perdidamente de la guapa Susana, como también lo estuvieron los polluelos, pero mientras estos componían versos y velaban contemplado la luna y las estrellas, él se embriaga entre música ruidosa. Él es como el loco furioso, mientras que los polluelos fueron locos apacibles.

Los amigos, extrañados, nos acercamos a él. Le preguntamos sus penas y pretendemos sacarlo de la cantina. Pero resulta imposible, porque don Acasio grita que quedará rodado entre las mesas para ver si entre sus patas encuentras el alivio de sus penas.

—¡Esa ingrata! —gime— ¡Esa ingrata...! ¡Mientras más la quiero, más me castiga con su veleidad...!

—Con su... ¿qué?

—¡Con su veleidad, tarugo! ¡Déjame en paz!

Al día siguiente lo encuentro en la botica, con una cara chueca, el cabello revuelto, el sombrero torcido, las manos dentro de los bolsillos, pidiendo un frasco de sal de uvas.

—¿Qué le pasa, don Acasio? —le pregunto y entre dientes me responde:

—Nada. Nada. No me hables. —recibiendo la mercancía y alejándose de prisa.

Y el tiempo sigue pasando ajeno a todos. La vida también continúa su desarrollo acompasado al tic tac de los relojes. Las espigas doradas se convierten en frutos que los agricultores recogen sonrientes y un vientecillo frío anuncia que el invierno se acerca.

Don Acasio asiste a misa por primera vez desde que recibiera la primera comunión, muchos años ha. Se esconde por allá en un rincón oscuro, ante el asombro de todos quienes lo conocemos.

Poco después acude con el confesor; evita la compañía de los amigos; camina con la vista baja, pensativa o avergonzada. No ha vuelto a beber.

—¡Qué cambios tan raros tiene don Acasio! —comentamos.

De pronto un domingo vuelve a la cantina y se rodea de músicos ruidosos. Es el momento que Eulalio considera oportuno, porque Susana ya consumó su hechizo. Es el momento de cobrar la apuesta, así que acompañado de varios amigos se dirige hacia don Acasio.

—¡Tequila para todos!

Luego vienen las preguntas. Don Acasio elude las respuestas, pero en un momento dado no puede resistirse más, y grita, y llora, ingiriendo de un solo trago su vaso lleno de tequila.

—¡Tenías razón, Eulalio! —dice—. ¡Sí hay hechiceros y Susana es uno de ellos! ¡Susana... tan joven... tan bella...! ¡Y es una terrible hechicera! Los primeros días tuve resistencia, pero después... después ya no pude. Si estaba con ella, no me sentía tranquilo. Si no estaba era peor, porque algo me llamaba, me incomodaba y me forzaba a ir hacia ella. Si sonreía, yo sufría. Si estaba seria, también. Su voz me enardecía. Su silencio me conmovía. Temía que me viera. Temía que no me viera. Temía que respirara... que hablara... luego me habló de dios y yo me resistí creer. Me habló de la iglesia y me puse a temblar. Empecé a beber, queriendo sentir valor para decirle a ella la verdad, la verdad que yo sentía y creía... ¡Pero no pude! Se enojó porque bebí y, para complacerla, dejé de beber. Siguió hablándome de dios y de la Iglesia y me hizo asistir a misa. ¡A misa...! ¡A mí, don Acasio como ustedes me llaman! ¡Y después hizo que me confesara! ¡Lo que nunca, pero nunca había hecho yo! Todo lo hice impulsado por algo... por algo... Fue la hechicería. No cabe duda. Y luego... el confesor me habló con unas palabras... con unos argumentos... que sentía como que entraban a otro mundo, con otras ideas y con otros conceptos. ¡Sentí vergüenza con ustedes y no me atreví a confesarles mi derrota! Y hoy... hoy he venido a beber de sentimiento por verme vencido. ¡Completamente vencido yo! ¡Yo... el descreído... el fuerte... el grande...! ¡Yo... Acasio... que ahora declaro ante ustedes que sí existe dios! Y que... y que

también hay hechiceros. Pero... ¡Mentiras! ¡No estoy vencido! ¡Voy a librarme de las garras de los hechiceros! ¡Voy... voy a casarme con Susana! ¡Sí! ¡Voy a casarme con Susana! Cuando yo sea su marido, ella levantará el maleficio que me impuso.

El día de Año Nuevo hubo una gran fiesta en el pueblo. Don Acasio, el descreído, se casó con Susana, la hechicera, en el templo de Las Montañas, librándose completamente del maleficio.

El hombre malo

El pueblo era pintoresco, hermoso, atrayente. Situado en una vertiente de Los Andes majestuosos, tenía hacia el oriente los grandes valles en los que pastaba el ganado, en los que se doraban los trigales, en los que corrían y cantaban los arroyuelos cristalinos que bajaban de las altas montañas que se admiraban al oeste, exuberantes de vegetación, llenas de fauna, de vida, de potencias naturales, con bosques de pinos y de robles y eucaliptos que perfumaban y purificaban los vientos que, allá abajo, coloreaban las mejillas de las bellas muchachas del pueblo y mecían las espigas del trigo, del maíz y la cebada.

La vida en el pueblo era apacible y feliz. Los hombres eran colorados y fuertes; alegres y francotes; trabajadores y hospitalarios. Las mujeres eran hermosas, sonrosadas, rubias como mañanitas de sol. Cantaban al amanecer, cuando preparaban el almuerzo para sus hombres; cantaban al mediodía, cuando lavaban las ropas en los arroyuelos y se sumergían en sus aguas para quedar más bellas y más puras; cantaban cuando el sol moría entre los cerros y sus hombres regresaban con la azada al hombro; cantaban a toda hora y todos los días, rivalizando con las alondras y los ruiseñores que, allá en las montañas, sentían envidia al escucharlas.

Nada turbaba la tranquilidad de aquel pueblo, que pasaba cantando y gozando su vida, sin diferenciarse casi los inviernos de los veranos, porque el clima era ideal todo el año, templado, con ligeras variaciones que pasaban imperceptibles.

Por la noche los chicos se juntaban en la plaza principal a jugar a las escondidas, a la roña, a la policía y los ladrones, como todo los chicos de todas las épocas; o a contar cuentos, sueños e historietas, mientras las muchachas daban vueltas por el jardín; los muchachos les ofrecían flores, hablándoles de amor; la orquesta tocaba jueves y domingos música romántica; el gendarme del pueblo, que era a la vez cura civil y recaudador de la plaza, dormitaba sentado en una silla a la puerta de la Presidencia Municipal; y los mayores contaban sus recuerdos o referían con orgullo episodios vividos en la historia de la patria.

Aquella vida tranquila solo se alteraba en el verano, cuando las lluvias impedían las reuniones y las serenatas; así como durante diez días del mes de noviembre, en el novenario y fiesta a san Isidro Labrador, patrón del pueblo, a quien le rezaban misa y rosario, con predicaciones y sermones; mientras fuera del templo se quemaban castillos, se realizaban serenatas diariamente; así como carreras de caballos, jaripeos, loterías y otros juegos que atraían millares de turistas y vendedores ambulantes, dando al pueblo inusitado movimiento y alegría.

Después todo volvía a la paz cotidiana y seguían los mayores contando sus recuerdos; las muchachas recibiendo flores y amores; y los niños jugando o contando cuentos, historias y leyendas.

Entre estas últimas figuraba una, acerca de «La casa de las esmeraldas», que era una mansión abandonada desde muchos años atrás, en la cual se decía que había vivido un individuo extraño, inmensamente rico, que vino a radicarse al pueblo. Entre sus riquezas traía varios cofres repletos de esmeraldas, y cierta noche en que llovía a raudales y se desataban descargas eléctricas, murió misteriosamente.

Algunos vecinos descubrieron el cadáver al tercer día, no habiendo encontrado huellas que revelaran asesinato o suicidio; solo una carta que él había escrito muchos años antes, seguramente en su juventud, en la que ordenaba que aquellas esmeraldas fueran enterradas en la casa donde él muriese, sin revelarse nunca el lugar; destinando cien de ellas, las más grandes y valiosas, para comprar la casa y cederla a algún hospital, asilo o convento del pueblo y cos-

tear los gastos de sus funerales y una misa a su memoria, dejando el resto de sus riquezas para el sostenimiento del mismo hospital, asilo o convento al que fuera cedida la mansión.

Sus disposiciones fueron cumplidas al pie de la letra por los vecinos, quienes compraron la mansión, entregándola, con dos cofres llenos de monedas de oro y de plata, al hospital de hermanas de la caridad del pueblo, sepultando a aquel pobre hombre, ordenando la misa, y sepultando también en algún lugar de la mansión aquella, los cofres llenos de esmeraldas.

Conociendo tan extraña historia, el pueblo no habló de otra cosa durante mucho tiempo, haciendo miles de conjeturas sobre la procedencia de aquel sujeto y la de sus inmensas riquezas. Alguien dijo que había sido pirata; otros, que era un rey destronado que vivía de incógnito; y otros más, que era un bandolero internacional.

Vinieron muchas personas de otros lugares solicitando en renta la mansión, con intenciones de robar las esmeraldas, pero la superiora del convento nunca la arrendó, y se llegó a decir que cierta noche, un extraño individuo trató de escalar los muros para introducirse a la casa, cayendo a la calle muerto repentinamente, no bien hubo llegado a la azotea.

Se dijo también que noche a noche se escuchaban lamentos y ruidos de cadenas en todo el recinto, y que un resplandor verdoso brotaba de su interior, por lo que pasando estas leyendas de generación en generación, los chicos actualmente sentían un miedo atroz a dicha casa, y los grandes la miraban con recelo y temor.

II

Cierto día amanecieron entreabiertas las ventanas de aquella mansión y salió por el amplio zaguán, que chirrió lastimeramente, un individuo alto, seco y amarillo, cubierto con un sombrero de copa, con lentes oscuros, bigotes y barba negros y poblados, cuellos altos y corbata negra de mariposa, levita de amplios faldones y pantalón gris, ajustados a su cuerpo, llevando un grueso libro bajo del brazo. Sus pasos eran largos, lentos y su aire adusto, casi déspota.

Los chicos que pasaban a la escuela en esos momentos corrieron asustados y pocas horas después toda la escuela hablaba

sobre aquel extraño personaje. Los grandes también lo vieron, observando con desconfianza cómo, con sus pasos lentos y largos, dio algunas vueltas por el jardín, leyendo a la vez el grueso libro, regresando dos horas después a la mansión misteriosa, cerrando las ventanas y no volviendo a salir en todo el día.

Los chicos se arremolinaron en la casa al salir de la escuela, trepando a las ventanas queriendo ver al interior, pero les fue imposible. En todos ellos se reflejaban a la vez sorpresa, curiosidad y temor.

Por la noche, en el jardín, no se habló de otra cosa que del extraño y misterioso personaje, y se volvieron a bordar las leyendas fantásticas sobre la casa aquella y sobre el sujeto este.

Al día siguiente, a la misma hora, salió el individuo de nuevo, caminando lentamente, vistiendo la misma indumentaria y portando el mismo libro, que volvió a leer mientras daba vuelta en el jardín.

—¿Quién será...? ¿A qué vendría...? —se preguntaban grandes y chicos y no se explicaban cómo hubiera pasado la noche anterior en aquella casa llena de ruidos, de espantos y de llamaradas verdosas.

Pasaron más días y el tipo aquel siguió haciendo la misma salida, la misma lectura, paseo y regreso, con tal exactitud que todos quedaban asombrados; y aún más, porque los ruidos y espantos de la casa no le hacían mella y él continuaba habitándola como si tal cosa.

Al cabo de dieciséis días los grandes del pueblo ya no se preocupaban ni se preguntaban nada por aquel sujeto, pues si bien a nadie hablaba, tampoco ofendía, ni hacía mal alguno. ¡Allá él...!, se decían, y se quedaban en paz.

Pero los chicos... ¡Ah! ¡Los chicos! Ellos siguieron arremolinándose junto a la casa misteriosa y viendo con temor a aquel hombre, vestido exactamente igual que el primer día.

Por las noches iban todos juntos a la casa aquella y sigilosamente miraban por la cerradura del zaguán, pero no descubrían ni escuchaban nada. Solo oscuridad... Silencio absoluto... Misterio... ¡Nada más!

Ya no contaban cuentos ni jugaban. Sentados todos, trataban de descubrir la identidad, origen y fines de aquel sujeto que tanto los atemorizaba. Uno decía una cosa, otro alguna distinta. Pero haciendo miles de conjeturas y suposiciones, no consideraban que alguna de ellas fuera la real y seguían buscando algo más que los satisficiera.

Unos decían:

—Es un comunista. Los comunistas son hombres malos. Matan a todos aquellos que no piensan como ellos. El libro que lee son las doctrinas y consejos de un tal Lenin. Los comunistas lo están manteniendo, y él espera que lleguen otros comunistas para iniciar una revolución. Dentro de la casa tiene pistola y cañones. ¿Por qué no lo meterán en la cárcel de una vez? ¿Por qué le rentarían la casa? Nosotros tenemos que desterrarlo del pueblo.

Otros replicaban:

—No, no es comunista. Es un químico que está haciendo ensayos con unos elementos que ha descubierto, con los cuales va a hacer estallar el mundo. Dicen que una sola gota del líquido que está preparando, al mezclarse con otra gota de ácido nítrico, puede derrumbar la iglesia. De todos modos hay que desterrarlo del pueblo, o meterlo a la cárcel.

Y otros contestaban:

—¡Qué comunista! ¡Ni que inventor! Es un político extranjero que lo desterraron de su país porque mandó matar mucha gente; encarceló a su esposa y también a sus hermanos y a sus hijos. Pero una revolución hizo que huyera de su país y a nosotros nos cayó la plaga. ¡Sí, sí! ¡Hay que meterlo al bote!

Otro dijo que era un pirata, como el otro de la leyenda. Uno más dijo que era un loco, pero todos estuvieron de acuerdo en que el menor castigo que se merecía ese tipo era estar en la cárcel, porque fuera lo que fuese, era un hombre malo.

Y en vista de que las autoridades no lo ponían en la prisión, acordaron todos los muchachos hacer lo posible por desterrarlo del pueblo valiéndose de diversos medios.

Empezaron por colocar cáscaras de frutas en las puertas de la casa en el camino que diariamente recorría, pretendiendo que se

cayera e hiciese daño, pero él las esquivaba y pacientemente las quitaba del embanquetado con el pie.

Otro día, algunos segundos antes de la hora en que acostumbraba salir, pusieron un gran cohete, encendido, en la puerta de la casa, pero el cohete cebó y no estalló.

Otros armaron gran alboroto simulando una pelea entre dos grandes grupos, en el jardín, mientras él paseaba. Se tiraban con grandes piedras intentando pegarle en la cabeza con una, pero les falló la puntería y rompieron un arbotante, accidente que originó que alguno de ellos fuese detenidos por el gendarme, y que sus padres pagaran el desperfecto.

Entonces prefirieron buscar otras medidas, tendientes todas a lograr que el individuo se fuera del pueblo.

III

Pero un día aquel señor salió de la casa más temprano, más deprimido, más serio y más amarillo que de costumbre. Los chicos que lo vieron, corrieron asustados a la escuela o a sus casas, y los grandes se preguntaron a qué se debería tanta prisa.

El sujeto aquel fue al registro civil a asentar una partida de defunción; enseguida al cementerio, a ordenar la apertura de una fosa, y después con el carpintero, para que le fabricase un ataúd. Este, curioso, le pregunta:

—¿Quién se le murió, señor?

Y el comunista, el político, el inventor, el hombre malo, el asesino, el pirata, hace un puchero y contesta:

—Mi hijo. Mi único hijo. —Mientras dos lágrimas se resbalan de aquellos ojos cubiertos con oscuros lentes, perdiéndose entre el negro y poblado bigote que se confunde con la barba.

Obscureciendo aquel día se detiene una diligencia, tirada por dos caballos flacos, a la puerta de la mansión misteriosa. Se abre el zaguán y sale el señor llevando un pequeño ataúd azul, que deposita en el interior del carro.

El cochero hace andar los caballos, y tras el vehículo se va caminando el individuo misterioso, con sus pasos largos y lentos, el sombrero de a copa en mano, y la cabeza, todavía negra, descu-

bierta, mientras su cara hace gestos de dolor y de sus ojos brotan lágrimas que van a perderse entre el bigote y la barba negros y poblados.

Allá, en el cementerio, él solo, de pie junto a la tumba, contempla cómo el sepulturero, ajeno a su dolor, echa tragos de aguardiente de vez en cuando, mientras con la pala va cubriendo de tierra el pequeño ataúd azul, hasta que solo queda como recuerdo del único hijo un promontorio de tierra apisonada, entre la cual blanquea un hueso.

Desde entonces la casa misteriosa volvió a permanecer cerrada. El pueblo nunca vio de nuevo al hombre aquel que la habitara sin hacer caso de ruidos ni de espantos, y los chicos no llegaron a saber quién fue, de dónde llegó, ni a dónde partió.

A los grandes les informó en una ocasión la superiora del convento, que cierto día llegó a ella el señor aquel, solicitando le rentara la mansión para pasar en ella una temporada en compañía de su hijo, gravemente enfermo, porque le habían recomendado el magnífico clima del pueblo.

El señor era médico, joven, pero sin familiares en el país. Se había casado nueve años atrás y de su matrimonio nació un niño al año siguiente, pero poco tiempo después murió la madre, dejándole el niño como único amor y cuidado de su vida.

Mas el niño enfermó. Entonces su padre pidió al santo de su devoción que intercediera por su salud, prometiendo que entre tanto se dejaría crecer bigote y barba.

Así pasó el tiempo, sin que la enfermedad del niño cediera, pues por el contrario, avanzaba más y más. Lo llevó a los mejores climas del mundo; le prodigó los mejores cuidados y atenciones, pero todo fue en vano, y como última esperanza, llegó a ese pueblo de fresco verano y tibios inviernos.

Solicitó la casa de las esmeraldas para tener aislado al paciente y evitar contagios. Como el médico era un hombre honrado, la superiora no temió respecto al supuesto tesoro enterrado en aquella mansión, y además le vio tal pena, tal angustia, tal desesperación, que accedió a facilitársela.

Sin embargo, la enfermedad estaba sumamente avanzada y el niño murió. Los males de su hijo lo habían hecho serio y callado. Los largos desvelos le robaron su calor, haciéndole amarilla la piel.

No era comunista, ni pirata, ni hombre malo, ni político. Sino un padre angustiado por la salud de su único hijo, su amor, su esperanza, su vida... que quedó muerto en aquel pueblo, bajo un promontorio de tierra apisonada, entre la cual blanqueaba un hueso.

Pierrot y Colombina

Ella, Laura, 28 años, alta, delgada, morena, con esta opinión acerca de los hombres: «Son unos animalillos muy divertidos». Y después de haberse divertido con un gran número, empieza a sentirse sola, pero está decidida a divertirse con otros más.

No tarda mucho en encontrarse con el nuevo animalillo, llamado Martín, de 22 años, de regular estatura, moreno, de buena complexión y de muy ardiente y a la vez frágil corazón.

Se conocen en un baile. Ella se encuentra rejuvenecida 13 años exactamente. Su sonrisa resplandece en el salón y su gracia para bailar tiene muchos admiradores y solicitantes, uno de los cuales es precisamente Martín, quien recibe una negativa a su primer pedimento.

Pero insiste y un: «Perdone...Estoy muy cansada... Quizá la siguiente pieza...» recibe por respuesta. Sin embargo, el «quizá» le infunde esperanzas y prueba otra vez, sabedor de que la tercera es la decisiva.

Y su constancia vence. Ahí anda la pareja perdida en aquel oleaje de juventudes que se mecen con ritmo, respirando perfumes, suspirando ilusiones, mientras en el viento se esparcen las ondas musicales de «Cuando el amor florece».

Martín no habla. Ni siquiera piensa. No. Sus ideas vagan perdidas en su laberinto, que tan pronto lo llevan a mundos irreales de ensueños, y en los que todo se desliza rítmico, acompasado y armónico, como lo transportan a otros no menos irreales de amor,

de duda, de sobresaltos... o a otros en los que danzan figuras grotescas que se burlan de su estampa.

Todo esto le impide enterarse de que Laura bosteza de enfado y aburrimiento y que de vez en cuando, una pisada sobre sus pies alados la hace gritar. Por lo tanto le sorprende que antes de que la música termine, ella prefiera sentarse.

Pretende volver a bailar con ella, pero todo es inútil: ruegos, constancia y promesas. Martín ya no vuelve a bailar con Laura esa noche.

II

—Yo te amo, Laura. Te amo desde aquella noche en que tuve la dicha de bailar contigo. Acepta mi cariño y dame la gloria al corresponderlo.

—No, Martín. Yo no soy para novios. Me turba que me digas que me quieres. Pues... Mmm... Soy algo rara. Ni yo misma me comprendo. Mucho menos podrás comprenderme tú.

Martín escucha con la vista fija en los labios de Laura, queriendo que pronuncien un «Sí» que tanto anhela. Pero ella, ducha en amores, sabiendo que él la ama de verdad, pretende que su negativa avive aún más la llama de ese amor, para poder divertirse mejor.

Así elude las instancias de Martín para iniciar relaciones amorosas, y no encontrando él otro remedio, opta por retirarse y preparar la ofensiva próxima, pues tiene la virtud de la perseverancia.

Transcurren los días. Laura está impaciente, pues teme que Martín haya abandonado la pelea y la prive de su última diversión de amor. Sin embargo, se esconde cuando él vuelve y quiere hablarle de nuevo.

Martín insiste. La busca. La sigue. Pasa por su casa a horas apropiadas, esas horas que hacen palpar fuertemente los corazones jóvenes y enamorados. Laura lo hace dar muchas vueltas antes de facilitar nueva entrevista, y...

—Laura, no me hagas sufrir —se lamenta el enamorado. Mi corazón se consume en el fuego del amor que te profesó. Dame siquiera una esperanza... Una tan solo...

—Lamento, Martín, todo lo que sientes y todo lo que sufres, pero... —replica la despreciadora, aunque sigue temiendo que con esta nueva negativa se aleje el galán para ya no volver.

Martín se retira de nuevo, desconsolado y lloroso, como se retiran siempre los enamorados que reciben negativas, pero mientras que estos piensan en embriagarse o cantar versos sentimentales a la amada; o irse a las tierras muy lejanas; o alistarse en el ejército que está en campaña; o en pegarse un tiro, Martín planea de inmediato la nueva ofensiva contra la muralla de desprecio que le opone Laura.

Pasan otros días más. Ella esquivo, pero al fin recibe a su galán en una noche de luna, que huele a rosas. Martín habla... se arrodilla... lloriquea y moja las manos de Laura con sus lágrimas. Esta, conmovida, cede un poco y queda de resolver a Martín en el baile de carnaval que ya se prepara en el pueblo.

El baile será de disfraces, por lo que Laura y Martín convienen que, para reconocerse, ella irá vestida de Colombina y él de Pierrot.

Martín se separa con el alma llena de ilusiones, la mente llena de ensueños y el corazón... ¡Oh! El corazón le amenaza con salirse de su cuerpo, por lo que se lleva las manos repetidas veces al pecho, para oprimirlo, mientras lo consuela:

—¡Pobrecito corazón! ¡Aguanta...! ¡ Ya pronto vendrá la dicha para ti!

A la vuelta de una esquina tropieza en una piedra. Más adelante atropella a un gendarme somnoliento. Después equivoca de casa y pretende meterse en la del vecino. Por fin... Está en su lecho y tras de varias horas de insomnio se duerme soñando con Laura.

III

—¿Vas a ir al baile...? —es la pregunta que se hacen entre las pollas y pollos del pueblo.

—¡Fíjate! Dizque Eloísa va a ir vestida de gitana. ¿Cómo se irá a ver?

—Que la perdonen los gitanos. Y tú, Laura, ¿cómo vas a ir?

—Yo iré de Colombina. Aquí está ya listo mi traje. ¿Te gusta?

—¡Cómo no! ¡Está encantador!

Martín, por su parte, ya tiene listo también su Pierrot romántico y además ha conseguido una mandolina para completar el atavío. Tarde se le hace que llegue la noche del esperado martes de carnaval. Cuenta los días con impaciencia.

IV

¡Ya está aquí el martes de carnaval! En las calles hay música, desfiles, comparsas y luces multicolores. En el teatro principal trabajan afanosos los zagales del pueblo dando los últimos toques al ornato que lucirá esplendoroso al llegar la hora del baile.

Lazos, musgos, farolillos, globos, serpentinas y verdura, dispuestos aquí y allá, con arte y buen gusto, dan al salón un trasunto del lugar ideal que todos soñamos para estar con la amada.

Laura prepara al sainete final para reírse del enamorado Martín y...

—Oye, tía, ¿quieres que cambiemos de traje...? Fíjate. Mi Colombina ya no me gusta y como tú tienes el mismo cuerpo mío, te sentará muy bien.

—Pero...

—¡Anda, tía! ¡No seas mala! Aquí tienes mi Colombina y dame tu tehuana. Anda... Anda...

—Bueno... Ya que insistes tanto...Aquí la tienes.

La tía de Laura es Salvadora, que a pesar de su nombre permanece soltera todavía a los 38 años. Pero... ¡Qué importa! Así puede ir a bailes y paseos sin que algún celoso novio o algún ceñudo esposo se pongan de mal humor. Es alta, delgada y morena, como Laura, así es que el traje de esta le sienta a la perfección.

—¡Qué ideas tiene Laura, por dios! —murmura cuando sale de la casa de su sobrina llevando bajo el brazo una cajita con la pinturera Colombina, después de haber dejado a Laura su tehuana.

V

El salón pletórico de concurrencia. El ambiente tibio y perfumado. La música deliciosa. Los juegos de luces y colores, los disfraces multiformes, hacer algo que regala la vista y el oído, semejando un rincón de ensoñación.

Los giros musicales, las explosiones del champagne, el chocar de las copas, las risas de las mujeres, el crujir de las sedas... Todo se confunde y se eleva por los aires en un confuso rumor que adormece las estrellas y la luna.

Ahí anda bailando Pierrot y Colombina. Él... enamorado... habla de sus sueños de amor. De esperanzas, de ilusiones. De todo lo que siente en su corazón. Ella... Fragante, delicada, escucha y sonríe. No esperaba, en verdad, recibir amores aquella noche.

Bailan... beben... ríen... Y Pierrot canta mientras pulsa su mandolina temblando de pasión.

—¡Te amo, Colombina! Y espero que esta misma noche se abran tus dulces labios para corresponder mi amor. No castigues más mi pobre corazón abrasado y herido —musita Pierrot al oído pequeño de Colombina.

Ella sigue escuchando y sonriendo. De vez en cuando pasa cerca de la pareja, sin que reparen en ella, una tehuana que ríe.

Así transcurren las horas y en un reloj escondido allá, entre los musgos, suenan doce campanas que reciben todos delirantes. Vibran las músicas... Saltan los taponos... Corre espumoso el champagne... Caen las caretas y los antifaces.

Martín, el enamorado y romántico Pierrot, palidece; abre inmensamente los ojos que casi se salen de sus órbitas; aprieta los dientes hasta que crujen, y sueltan la copa espumosa que ya llevaba a sus labios, pues al caer la careta de Colombina, descubre que no es Laura, la amada, quien él ha estrechado y besado y lo ha oído hablar, candente de pasión, sino una cotorróna, que entornando los parpados, se entrega de nuevo a sus brazos, diciendo:

—¡Sí, mi Pierrot! ¡Yo también te amo! ¡Tómame, que soy toda tuya!

VI

La concurrencia, estupefacta, ve salir corriendo del salón, empujando a cuanta persona encuentra, con el pelo revuelto, los ojos enormemente abiertos y unas cuerdas de mandolina enredadas en sus pies, a un Pierrot joven y apuesto que, sin decir una palabra, desaparece entre las calles solitarias.

Allá dentro, una Colombina sorprendida abre la boca, y una tehuana se acerca a ella riendo a mandíbula batiente, mientras arriba, en los cielos, bosteza la luna y duermen las estrellas.

Insomnio

Ayer creí haber trabajado más de lo acostumbrado y sentí cansancio al atardecer. Cené frugalmente y me recogí temprano en el lecho, ansioso de descanso.

Las ropas de la cama estaban frías, pero pocos momentos después están tan cálidas como mi cuerpo. Doy unos pequeños golpes en el centro de la almohada para dar comodidad a mi cabeza; permanezco inmóvil queriendo atraer el sueño, pero al cabo de algunos minutos todavía no consigo dormir. La almohada se ha calentado hasta parecerme desagradable; la tiro al suelo, cambio de posición el cuerpo entero y pretendo otra vez conciliar el sueño.

Pero es en vano. Empiezo a meditar. Recuerdo que no me perigné, así que levantando la mitad superior de mi cuerpo, me perigno. Adopto nueva postura y trato nuevamente de dormir, sin conseguirlo.

En mi mente veo a todas, o a casi todas las personas con quienes traté durante el día y escucho sus voces: «Cómo son ustedes de choteadores...», «mándeme diez sacos de panocha...», «¿a cómo tiene el queso?», «¿qué pasó con mi pedido?», «cómprame este garbanzo, se lo doy barato...», «una limosna, por amor de dios...».

Las formas danzan, las palabras se confunden y formas y palabras se elevan al fin entre las ondas, burlándose de mí, que tengo que cambiar posición otra vez, levantando la almohada del suelo para acomodarla de nuevo, en busca de mayor comodidad.

Dejo todos mis miembros y músculos sueltos, laxos, desde la cabeza hasta los pies, y ya se empiezan a cerrar mis párpados

cuando se abre brusca y estrepitosamente la puerta de mi recámara, para que pasen corriendo para la suya mis hermanas, riendo ruidosamente por algún motivo que desconozco.

—¡Con mil demonios! —rujo— ¿No podían pasar sin hacer tanto ruido...?

—¡Ay! ¡Perdona! No sabíamos que ya estabas acostado. —Se disculpan las muchachas y se alejan presurosas, riéndose de nuevo. Tal vez ahora se rían de mí.

Mis padres ya se han acostado y a los pocos momentos se escucha un murmullo como de un enjambre de insectos. Es que todos rezan sus oraciones antes de entregarse al sueño.

¡Ah...! Recuerdo que yo no he rezado. Quizá por esta razón no pueda conciliarlo. Musito unas oraciones, acomodo bien mi cuerpo entre sábanas y almohadas esperando poder dormir ya. Bajo los párpados y pretendo dejar en blanco mi cerebro.

¡Imposible! ¡Ahora vienen mis proyectos escondidos, y con mayor fuerza y tenacidad llega aquel que más acaricio: ser periodista!

Me veo ante un flamante escritorio. Teléfonos... Timbres... Mecanógrafas... Redactores... Directorios... Teletipos... Y luego, la prensa de la que sale raudo el periódico del día, que ha alcanzado un tiraje de un millón de ejemplares. ¡Fantástico! Pero... es un sueño.

Luego voy a las empresas de información, a la Asociación de Periodistas, a los bancos, a las oficinas de gobierno. Y sigo pensando... pensando...

Todos mis familiares duermen ya, y casi todos roncan. Unos muy fuerte; otros casi imperceptiblemente. Mi papá es el más sonoro y a ritmo acompasado parece gruñir: Grrr... Fiuuu... Grrr... Fiuuu...

Mi mamá hace: Fuuu... Zzz... Fuuu... Zzz... Y mi hermana menor la imita: Pzzz... Fiii... Pzzz... Fiii.

Pero la mayor no se escucha; quizás este despierta todavía, porque frecuentemente se le va el sueño, o tal vez duerma silenciosamente.

A los pocos momentos un cuerpo se mueve. Se oye el roce de mantas y el chirriar de las tablas de la cama. El gruñido fuerte ha

dejado de escucharse y los demás casi no se oyen ya. Todo está en silencio, cuando en un rincón empieza a cantar un grillo: cri... cri... cri...

Pasados algunos minutos calla y vuelve el silencio. Ahora ya no pretendo dormir, sino escuchar un algo misterioso, como murmullo de almas que vagan o de alas infinitamente pequeñas que se abren, como polvo que cae y cae sin interrupción.

Es el tiempo mismo, en su marcha inmutable, desarrollando los seres nuevos y consumiendo los viejos, junto con las cosas que los rodean.

La oscuridad también parece tomar cuerpo, un cuerpo gigantesco que me amenaza y siento como que algo se va acercando poco a poco a mi cara; algo misterioso, desconocido, impalpable... Ya siento que me rodea e intenta ahogarme, cuando cruje fuertemente un mueble y se lleva aquel algo misterioso.

Enseguida escucho pasos en la azotea. ¿Será algún ladrón...? Levanto la cabeza para escuchar mejor. Los pasos se duplican. ¿Serán dos ladrones...? Busco mi pistola bajo la almohada. ¡No está... ¿Qué haré...? Los pasos se multiplican y corren, dejándose escuchar fuertes maullidos y saltos. ¡Ah...! Son unos gatos que se encontraron y pelean. ¡Menos mal! Pero... ¡Qué latosos!

La pelea se lleva unos minutos, al cabo de los cuales los maullidos cesan y vuelve el silencio.

Por allá lejos se escucha el raudo paso de un automóvil y al poco rato, por mi calle, pasa pesadamente un camión que hace trepidar y oscilar los muros de las casas. Un perro ladra y otro hace lo mismo más adelante.

Al hacerse de nuevo el silencio, el reloj del templo suena doce campanadas. Es la hora de los duendes. ¿Veré alguno...? En ellos estoy pensando cuando pita el gendarme de la esquina. Contesta el de la siguiente y se siguen escuchando pitazos, cada vez más lejanos, más lejanos, hasta que se pierden.

Pasa un hombre presurosamente por la calle, golpeando fuerte la banqueta con los tacones de su calzado. Los perros ladran de nuevo y enseguida se hace otra vez el silencio, que rompe un zancudo con su molesto zumbido. Es en vano que yo trate de cazarlo.

Me cubro totalmente con las sábanas y encontrando dificultades el insecto para clavarme su lanceta, opta por retirarse.

Se escucha a lo lejos el silbato de un tren y otro más lejos aún, mientras pasa por la azotea, cautelosamente, otro gato. Luego se oyen pasos por la calle y precisamente frente a nuestra ventana afinan un violoncello. ¡Qué bueno! ¡Tendremos serenata!

Mas los pasos se alejan y no vuelvo a oír nota musical alguna, pero en cambio escucho los pasos presurosos de otro noctámbulo, y regularmente, cada cuarto de hora, las campanas del reloj, hasta escuchar las dos de la mañana. ¡Las dos...! ¡Qué barbaridad! ¡Y yo sin dormir todavía!

Hago un esfuerzo. Me quedo inmóvil, pero una pulga me hace saltar. Llevo una mano hacia el lugar donde sentí su caricia, queriendo atraparla, pero hoy todo resulta en vano, porque mientras yo la busco en mi espalda, me pica de nuevo, ahora en una pantorrilla. ¡Maldita pulga!

Enciendo mi lámpara. La busco cuidadosamente, pero con seguridad ya se fue burlándose de mí, porque no la encuentro en ninguna parte.

Apago mi lámpara y me arrebujó entre las sábanas, que se han enfriado. Pasa un automóvil por la esquina, pitan los gendarmes y se escucha el tañer de una guitarra bajo nuestra ventana.

¡Vaya! ¡Siempre tendremos serenata! Pongo toda mi atención, pero los tañidos se acaban presto y no hay canción alguna que alegre un poco mi desvelo.

Me acuesto sobre un lado, luego sobre el otro. El reloj sigue marcando inmutablemente el tiempo, que siento que pesa sobre mí. Un cuerpo se mueve sobre su cama en la recámara vecina, y se escucha un ligero quejido. Más adelante sigue el concierto de ronquidos, que me desespera.

Los trenes pitan otra vez y parece que sus voces se van retumbando por colinas y montañas, cuando el reloj suena las tres de la mañana y se oye el roce de sábanas en la recámara vecina, por otro durmiente que cambia de posición.

Algunos minutos hay silencio absoluto. Todo el mundo duerme, menos yo. Parece que el tiempo se ha quedado dormido también,

pues no escucho ya algo misterioso que percibía algunas horas antes, pero de improviso la madera de mi buró truena, haciéndome brincar y demostrándome que el tiempo sigue su marcha, que no duerme y enseguida lo confirma, haciendo sonar de nuevo las campanas del reloj.

Hay nuevo y completo silencio durante quince minutos exactamente, que yo he empleado en cambiar de posiciones y en contar hasta 1 226 sin poder dormir, pero sí llevar abundante sangre a mi cabeza que se encuentra como afiebrada.

Si al menos tuviera yo una botella de vino para pasar el rato menos aburrido... Pero ni con esa insignificancia cuento ahora. No termino aún de lamentarlo cuando siento el piquete de una chinche en el cuello. ¡Maldito bicho!

Rápidamente enciendo mi lámpara de nuevo y alcanzo a ver que se esconde bajo la almohada. «¡No te escaparás!», digo, y levantando rápidamente la confidente, le doy alcance cuando intentaba escabullirse en el colchón. Es una chinche amarilla, menuda, a la que no concedo misericordia y le aplico la pena capital.

Hago de nuevo la oscuridad y me sumo en pensamiento fantásticos durante un tiempo que no puedo precisar, hasta que escucho el canto lejano de un gallo, que otro gallo bravo repite, y otros más, hasta convertirse en un canto general por todo el derredor.

Escucho cantos graves, como de adustos caballeros; otros garbosos, como de jóvenes presuntuosos; variados de tonos, como de adolescentes cuando cambian de voz. En fin... Escucho de todos estilos, tonalidades y sonoridades.

A los pocos momentos el reloj suena las cinco de la mañana. Pienso levantarme a esa hora, pero no considero conveniente hacerlo. Necesito descanso... Necesito reposo... Mis ojos están ardorosos e hinchados... Mis miembros entumidos... Cambio de posición por enésima vez y...

II

Por la puerta que descuidadamente dejó abierta algunas de mis hermanas, entra un rayo de sol que cae directamente sobre mis ojos, los lastima y me despierta. Rápidamente me pongo en pie y grito

—¡Mamá! ¿qué hora es?

—Son las diez y treinta, hijo.

—¡Qué barbaridad!

III

—Por ser la primera ocasión que llega usted tarde a su trabajo, lo excuso. Pero tenga cuidado de no pasear demasiado por la noche, para que esto que le ha ocurrido hoy, no vuelva a suceder —dice mi patrón a mi llegada al trabajo.

—¡Sí, señor! —le contesto y me planto a trabajar presurosamente.

Notabilitis

Había una vez un señor que quería hacerse notable en el pueblo. Padecía un mal desconocido hasta entonces, que el médico del lugar, poeta, comerciante y boticario, y también tesorero del club de cazadores del picacho, presidente del comité de Mejoras Materiales y director del semanario local *El Insurgente*, tras de un sesudo estudio de su caso diagnosticó: notabilitis.

El señor se llamaba Augusto Gómez. Sin embargo, para darse más tono y renombre se agregó otro nombre: César con la letra N. Así fue que a partir de esa resolución empezó a firmar como Augusto César N. Gómez.

Alguien inquirió sobre el significado de la letra N y don Augusto contestó muy circunspecto:

—Amigo mío. Mi modestia me impide firmar como mi nombre completo. La N es mi tercer nombre: Napoleón.

Los vecinos del pueblo no comprendían qué era esa enfermedad de notabilitis. Para ellos Augusto César Napoleón no estaba enfermo, sino que simple y sencillamente estaba loco y su locura consistía en buscar renombres, fuera como fuese, así como a otros locos les da por hacer nudos con los hilos de agua; o en enamorarse de las estrellas del cine o de las del firmamento.

Augusto César, cuando estuvo en la escuela, fue díscolo y revoltoso, fatuo y pendenciero. Siempre vistió con elegancia y pulcritud, pero al morir su padre se vio precisado a abstenerse de la elegancia, y desde entonces usó trajes casi raídos, pero llevando la vista y la

cabeza altas, el pecho erguido, bastón con punta metálica y un anillo con un cristal al dedo.

Además, llevando habitualmente calzado hecho de piel que chilla a cada paso, para llamar la atención conforme a sus deseos.

Su oficio es el de escribano y en él sí ha conseguido algún renombre por varias exitosas defensas que ha hecho, ganando sus juicios, a excepción de uno, ya que resultó que el individuo que Augusto César defendía, habiendo lesionado a otro en legítima defensa, iba a ser absuelto, pero merced a la defensa que hizo Augusto César de su caso, fue encarcelado por espacio de catorce años, tres meses, once días y dieciséis horas.

Salvo ese incidente, cuenta en su haber muchas victorias en el terreno de litigantes, pero él quiere obtener más lauros en otros terrenos y con ellos más renombre, así es que un buen día decide lanzar su candidatura para presidente municipal.

El rechinar de su calzado se escucha por todos lados mientras Augusto César organiza a sus partidarios, inicia y desarrolla su campaña, que cree lo sentará en el sillón del alcalde.

Pero el partido oponente corre con mejor suerte y le gana la pelea. Augusto César protesta, reclama, exige el triunfo al presidente del partido y al señor gobernador, pero todo es en vano.

Se ve obligado a reprimir por esta vez sus deseos de sentarse en el sillón del alcalde, pero no abandona el propósito, sino que con mucha anticipación se prepara para las siguientes elecciones. ¿Cómo? Buscando popularidad.

Socorre con generosidad a los desvalidos; protesta con energía contra las injusticias; organiza un centro o club de Ciencias y Artes, para mejorar la cultura del pueblo; y funda un periódico como órgano de dicho centro, el cual aprovecha como portavoz de sus opiniones.

Pero sus actividades no obtienen el éxito deseado. El club vive raquíticamente, y el periódico es superado por *El Insurgente*, en cuyas columnas el doctor, poeta y comerciante publica un extenso estudio sobre la notabilidad, previniendo al pueblo, porque según sus conclusiones, es una enfermedad muy peligrosa.

Augusto César no se desanima por el poco éxito de su club y de su periódico; tampoco por los artículos de *El Insurgente*. Por el contrario, continúa con más ímpetu su labor y prepara la campaña municipal que cree poder ganar.

Nuevamente la música de sus zapatos se deja oír en asambleas, mítines, corrillos y en todas partes. Pero... como en la ocasión anterior, sale derrotado por el partido contrincante.

Sale derrotado, mas no vencido, porque ya piensa en los preparativos para la siguiente campaña, proponiéndose conseguir aún más popularidad.

Ataca ahora al doctor y comerciante en su periódico, diciendo que el comité de Mejoras Materiales no cumple con su cometido; que la ciudad está abandonada, sucia, sin atractivo alguno para el turista, mientras el presidente del comité y todos sus miembros duermen el sueño de los justos.

En su afán de publicidad y popularidad, da a conocer un proyecto para cambiar el curso de las aguas del río que, bajando del picacho, baña las orillas del pueblo. Augusto César pretende irrigar con ellas grandes zonas, ignorando que estas se componen de tierras impropias para la agricultura.

También proyecta acondicionar la cima del picacho, aun cuando se encuentra a más de mil metros de altura sobre el nivel de la población, para instalar las oficinas del club de cazadores del picacho, formando así un centro de paseo para los vecinos.

Poco después anuncia haber inventado un avión-cohete para ir a la luna y establecer comunicación regular con aquel satélite, o en caso contrario, emplearlo para hacer servicio de transporte de pasajeros entre el Polo Norte y el Polo Sur.

Entre tanto, se acerca la fecha de elecciones y Augusto César personalmente, y por medio de su periódico, inicia su tercera campaña electoral.

Otra vez se escucha el chillar de sus zapatos en centros, oficinas, jardines, clubes y asambleas. El pueblo se ríe de él y si acude a sus reuniones o mítines, es para tener más motivos de risa y de distracción.

Todos dicen que está loco y todos están convencidos de eso, menos Augusto César Napoleón, quien en las columnas de su periódico anuncia que él será el próximo presidente municipal.

II

—Señor gobernador: Mi pueblo reconoce que yo triunfé en las elecciones y aquí traigo la documentación que lo comprueba. Además yo estoy animado de la mejor voluntad para trabajar honradamente, engrandeciéndolo y elevándolo. ¿Por qué razón se me despoja de un triunfo limpio y legítimo, dándole a un extraño que con seguridad no hará nada por el pueblo?

—Este no es asunto de mi incumbencia. Apele usted ante el congreso.

—Pero señor gobernador... Yo...

—Le repito que no es asunto de mi incumbencia. Puede usted retirarse.

Sale Napoleón de las oficinas del señor gobernador con la vista baja, por primera vez en su vida, llevando bajo el brazo un gran portafolio repleto de papeles que, según él, acreditan su triunfo en las elecciones municipales de su pueblo.

Se detiene a media calle y empieza a cavilar:

¿Qué haré...? ¿Qué haré...? ¡Oh! ¡Brincar! —Salta hasta alcanzar la banqueta—. ¡Maldito coche! ¡Por poco me matan!

Se dirige al jardín y toma asiento en una banca. Ahí sí puede meditar con calma. Se coloca el puño de la mano derecha bajo la barba. Después se muerde las uñas y de improviso se levanta. ¡Sí! ¡Regresará al pueblo y preparará inmediatamente su cuarta campaña electoral! ¡No faltaba más! ¡La próxima vez sí triunfará! ¡Y lo tendrán que reconocer el Congreso y el señor gobernador!

III

Su campaña será a base de milagros. Abrirá rocas, sanará enfermos y posiblemente hasta resucite muertos. Si los milagros no arrastran el pueblo tras de él, entonces tendrá que reconocer que no podrá ser presidente municipal.

Mas... Los milagros serán propiamente engaños, porque Napoleón, pobre mortal, reconoce honradamente que no podrá hacerlo nunca, pero hará triquiñuelas en su lugar.

La primera ocasión se le presenta pronto. Un campesino lo invita al matrimonio de su hija y a la fiesta consiguiente, que obsequiará en el rancho.

—¿Irá usted, don Augusto?

—¡Con mucho gusto, camarada! ¡Cuenta con mi asistencia! Y no lleves vino, porque el vino correrá por mi cuenta.

—¡Muchas gracias, don Augusto! Entonces... Lo espero. Por allá nos vemos.

Augusto César intenta engañar a los invitados aparentando llevar agua y en su presencia transformarla en vino, como en las bodas de Canaan. «¡Con esto sí me seguirán!», se dice entusiasmado.

Se pone de acuerdo con su ayudante de luchas judiciales y políticas: la noche anterior a la boda llevarán al rancho dos barriles, uno lleno de agua y otro de vino. Aquel (el de agua) lo tendrán a la vista de los invitados y este (el de vino), oculto cuidadosamente en algún lugar, muy cercano al primero.

Augusto César anunciará su milagro. Pedirá a los concurrentes que cierren sus ojos treinta segundos, durante los cuales su ayudante, con auxilio de dos mozos contratados de antemano, hará el cambio de barriles.

Todo queda listo oportunamente de acuerdo con los planes de Augusto César y llega la fecha de la boda.

El rancho ofrece un inusitado movimiento. Sus callejuelas están adornadas; los labriegos lucen ropas blancas, bien planchadas, y unas muchachas adornan la carreta que conducirá a los novios.

Poco después las viejas campanas llaman alegres a misa. La gente acude presurosa. Llegan los novios. Una orquesta inicia la Marcha Nupcial y se desarrolla la ceremonia que concluye con la tradicional lluvia de arroz, felicitaciones y abrazos, sin faltar la fotografía de rigor.

Después todos se van a la fiesta, chicos y grandes. Un mariachi alegra los aires con sus sones. Las risas musicales de las muchachas

se confunden con las risas graves de los hombres. Se baila un poco, pero todos extrañan la falta de vino.

—¿Donde está el vino? —inquieren todos.

—¡Hace falta el vino! ¡Que venga el vino para brindar! —gritan todos.

El padre de la novia consigue, después de varios intentos, hacer el silencio entre la concurrencia y anuncia:

—Mi amigo Augusto César, aquí presente, obsequiará a ustedes el vino.

—¡Ya estuviera aquí! —gritan por ahí.

Augusto toma el lugar del padre de la novia y dice:

—Señoras y señores: efectivamente, yo obsequiaré todo el vino para la fiesta con sumo placer. ¡Ahí lo tenéis! Y señala el barril cercano.

—¡Eso no es vino! ¡Es agua! —gritan todos.

—¡Un momento! ¡Un momento! —pide Augusto— Ciertamente es agua, pero ante la presencia de ustedes esa agua la convertiré en vino.

—¡Újule! ¡Ni que fuera Cristo! —grita uno de ellos.

—Bueno... Bueno... Efectivamente... No soy Cristo... Pero ya lo veréis... Colóquense todos ahí, frente a mí. Ahora... —Llama a su ayudante que se acerca tambaleándose, con otros dos sujetos en las mismas condiciones—. Ahora cierren los ojos durante medio minuto nada más. Al abrirlos, tendrán el vino ante sus labios, listo para que se lo beban. ¿Listos?

—¡Siii! —contesta el grupo.

—Bueno. Cuando yo diga «Cierren los ojos», todos ustedes los cerrarán y permanecerán así hasta que yo les diga «Basta».

Finalmente se ponen de acuerdo con las instrucciones de Augusto. Dócilmente quedan todos los concurrentes inmóviles y con los párpados bien apretados sobre los ojos. Nadie osa levantarlos, entre tanto su ayudantes y los otros sujetos cambian de lugar los barriles con la rapidez que su estado les permite.

Sí, porque llegaron borrachos a la fiesta, pero pueden colocar el barril que contiene el vino frente a la concurrencia, disponiéndose a rodar el otro hacia el escondite.

Empiezan felizmente, pero cuando la tarea está por terminar, el ayudante de Augusto tropieza con una maceta, soltando el barril a sus compañeros, quienes no pudiendo sostenerlo, se ven forzados a soltarlo también, cayendo uno aquí y otro allá, haciendo caer la maceta con gran estrépito sobre la cabeza de uno de ellos, mientras el barril, ya tambaleante, cae al fin y se aleja rodando.

Los concurrentes, sorprendidos al escuchar aquellos extraños ruidos abren los ojos, viendo con sorpresa a los hombres caídos, unos de ellos con la cabeza dentro de la maceta, mientras el barril que se tambalea, cae y rueda veloz hacia el grupo, regando el agua en su trayecto.

Las mujeres gritan... Algunas suben a las sillas... Otras corren... Otras se levantan las faldas... Y el barril pasa entre el grupo, abriendo brechas y deteniéndose por fin en la mesa que ya estaban disponiendo para el banquete. Mas la mesa no resiste el impacto y se desquebraja, así como la loza colocada sobre ella, produciendo un estrépito ensordecedor.

Augusto César, estupefacto, aprovecha la confusión y se retira rápidamente, lazando denuestos a su ayudante y a los mozos.

Al siguiente día clausura su oficina y parte del pueblo, diciendo adiós a sus esperanzas de ser el presidente municipal, pero dejando una popularidad que nadie ha podido igualar todavía.

Aún se recuerdan su proyecto de cambiar el curso de las aguas del río; su avión-cohete para ir a la luna; y su intento de transformar el agua en vino.

Huracán Kid

¡HOY! ¡HOY! ARENA DE ORO.

A las 9 de la noche.

La pelea que esperaba la afición:

Huracan Kid

(Campeón Welter de la república)

Vs.

El Trinquete

(Aspirante al título)

¡Un gran acontecimiento!

Habrá preliminares desde las 7:30

La ciudad estaba tapizada con esta propaganda para la formidable pelea entre el ídolo de todos los barrios: Huracán Kid, quien había logrado en poco tiempo ceñirse la corona de los welters, y hasta la fecha no había sufrido derrota alguna, y su retador El Trinquete.

Este era otro boxeador sensacional que fue realizando su campaña notablemente, tanto en las provincias como en la capital, ganando todas sus peleas hasta convertirse en serio aspirante al título de Huracán Kid, por lo que lanzó un reto a este, por conducto de la comisión de box de la ciudad.

La comisión puso como condición que El Trinquete ganase este pleito a Huracán Kid, sin ponerse en disputa el título, para darle después otra pelea en la que se jugara la corona nacional de los Welters.

La afición había tenido su atención fija en la carrera de El Trinquete, enterándose de sus impresionantes triunfos, por lo que hoy

únicamente se hablaba de la pelea en los cafés, clubes, oficinas, calles y en todas partes.

—Te apuesto mil pesillos a que El Trinquete gana a Huracán.

—¡Qué va, chico! Ese Huracán barrerá no digo con un trinquete, sino con cien que se le pongan por delante.

—¡Bueno! ¡No hablemos mucho! ¿Acepta la apuesta...? Aquí están los mil pesos.

—¡Aceptada! ¡Nos veremos esta noche!

Las apuestas menudearon por doquier, y los aficionados a calcular hasta el número de metros cúbicos de agua que tiene el océano Pacífico calcularon que no menos de medio millón de pesos se jugaban en la pelea, en esa pelea, en apuestas que fluctuaban entre uno y diez mil pesos.

Los boletos se agotaron en las taquillas desde las once y quince minutos de la mañana, y a pesar del esfuerzo y vigilancia de las autoridades, los revendedores se adueñaron de la mayor parte y vendía los de ring-side a \$88.00, siendo el precio del programa de \$15.00

Aun así, el público agotó el papel y a las seis de la tarde, al abrirse las puertas de la arena, la gente, que ya esperaba tumultuosa, se volcó hacia dentro y en pocos minutos se llenaron todas las localidades.

Ahí siguieron cruzándose las apuestas, a la par, pues había tantos que creían en Huracán Kid, como en El Trinquete, a pesar de la idolatría que el pueblo había venido sintiendo por el primero.

La Arena era una masa humana en ebullición. Vendedores de puros, de cigarrillos, de refrescos, chicles y otras cosas más pregonando su mercancía. Individuos cambiando de lugares. Otros llamando a gritos o silbidos a unos más. La inmensa mayoría discutiendo o simplemente conversando, haciendo un ruido como de millones de moscas que volasen. Y además fumando, haciendo la atmósfera pesada, casi irrespirable.

Los preliminares parecieron larguísimos y aburridos, pues la impaciencia por presenciar la pelea estrella era casi incontenible.

Capitán Malacara noqueó a Babe Feo en el quinto asalto de la primera pelea; Rosalio Rosas venció por decisión al Pirata del Caribe en la segunda pelea. Y por fin...

II

—¡En esta esquinaaaa...! ¡Huracán Kid, campeón Welter del país...! ¡Sesenta y siete kilos, seiscientos diez gramos de pesooo...! —grita el anunciador.

—¡Hurrrraaa! ¡Viva Huracán Kid! —rugen millares de aficionados.

—¡Y en esta esquinaaaa...! —prosigue el anunciador— ¡El Trinqueteee...! ¡Aspirante a la coronaaa... con...

—¡Que vaya a Inglaterra por ella! —Lo interrumpe una voz de la galería, que muere entre las risotadas del público.

El anunciador detiene sus gritos, hace un gesto de desagrado con un ojo y la boca y termina:

—¡Con sesenta y siete kilos, ciento cinco gramos de peso...!

—¡Bravo, Trinquete! —rugen otros millares de aficionados. El réferi llama a los boxeadores al centro del ring, les dice algo que nadie alcanza a escuchar, acciona con cabeza, hombros y brazos, les da unas palmaditas. Ellos se dan las manos y se retiran a sus esquinas. A los pocos instantes suena la campana y principia la pelea.

Huracán Kid se lanza como catapulta sobre el adversario, tirando una andanada de golpes de todas clases y calibres, de acuerdo con su táctica que tan buenos resultados le ha dado siempre, pues el contrincante casi nunca espera un ataque tan repentino y cae noqueado en el primer round.

El público aúlla de entusiasmo al ver aquella explosión de vigor y de fuerza, y los partidarios de Huracán esperan de un momento a otro el golpe que decida el match: el famoso gancho izquierdo de su favorito, a la quijada del adversario, que tienda en las tablas al Trinquete.

Pero este capea el temporal con serenidad e inteligencia; su defensa es cerrada, hermética, y su cabeceo hábil. De vez en cuando castiga con jabs muy oportunos, o con rápidos rectos que se clavan en Huracán, quien casi desespera cuando suena la campana.

Sus partidarios conjeturan: ¿Por qué no caería El Trinquete? Y temen que Huracán vaya a ser derrotado, pues nunca le había aguantado ningún enemigo el primer round completo.

El manager lo alienta:

—¡Entra al ataque con furia otra vez! ¡No te dura ni un minuto más! ¡Acaba con él! ¡Es tuyo! ¡No desesperes! ¡Usa tu gancho en un momento propicio y lo tiras!

¡Suenan la campana! El Trinquete avanza cauteloso, pero Huracán va decidido a su encuentro, rápidamente, como torbellino, lanza golpes y golpes, como martillo mecánico. Unos se pierden en el aire, pero otros se pierden entre las costillas, ojos, frente y mejillas del pobre Trinquete, que va cediendo terreno.

La algarabía entre el público es formidable. La Arena parece un manicomio de furiosos que gritan, patean, contorsionan... Y en un momento dado, la izquierda de Huracán se desliza como flecha por el aire y se estrella con dureza en la quijada del Trinquete, que cae a las tablas cuan largo es.

¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro! ¡Cinco! ¡Seis! ¡Siete! ¡Ocho! ¡Nueve! ¡Diez! —cuenta el réferi.

¡Aaah! —aúllan los locos, y empujándose, golpeándose, rompiéndose las ropas, se avanzan al ring y levantan en hombros a Huracán Kid, el vencedor, el ídolo, el campeón.

Los cuerdos, que son los perdidosos, salen silenciosa y lentamente de la arena, buscando en sus bolsillos un diez para el camión, mientras que El Trinquete, seguido únicamente por su manager y ayudante, sacude la cabeza que poco a poco va recordando lucidez, dirigiéndose a su vestidor.

III

En El Edén celebran estrepitosamente la victoria Huracán Kid y sus amigos. Botellas llenas vienen y botellas vacías se van. Los halagos al campeón son la orden del día. Se le ensalza, se le eleva y se le señala al campeonato mundial como su próximo rival.

—¡No ha habido nunca otro peleador como tú! ¡Salud! —le dice uno, mientras le palmea en la espalda.

—¡Joe Gans te envidia desde su tumba! ¡Salud! —dice otro.

Los brindis se suceden sin interrupción y Huracán se embriaga más de halagos que de vino. Se siente en las nubes. ¡Qué va! ¡En los propios cielos!

Pasa cerca del grupo un respetable señor, de regular complexión física, muy serio. Usa lentes y sombrero.

Después de beber alejado y en silencio una copa de coñac, pretende retirarse de la cantina, cuando el envanecido Huracán, queriendo hacer un chiste, le corta el paso, tomándole de la corbata y diciéndole en tono burlón:

—¡Oiga, amigo! ¡A usted no le caen los lentes!

Uniendo el dicho al hecho, se los quita y los estrella en el piso.

El señor se sorprende y justamente indignado, reclama su proceder al insolente y ensoberbecido boxeador, quien por respuesta le quita también el sombrero y lo hace añicos entre sus manos.

—¡Esto no lo puedo tolerar! —asienta con enojo el desconocido— ¡Aquí mismo pagará usted su insolencia!

—¿Es que no sabe usted con quién está hablando...? —le pregunta con énfasis Huracán.

—¡No lo sé, ni quiero saberlo! —responde el desconocido—, pero ha de ser un...

—Pues habla nada menos que con Huracán Kid —lo interrumpe el peleador—. Y yo hago lo que me viene en gana.

Tanta desfachatez acaba con la paciencia de aquel individuo y pretende echarse sobre Huracán, pero algunos de los presentes lo impiden cogiéndolo de los brazos y tratando de persuadirlo de que no peleé. Otros hacen lo mismo con el boxeador, pero ambos forcejean y al final logran desasirse de quienes los sujetan, liándose a golpes.

Aquello es otro match de box, mejor que el de la arena. Huracán pone en práctica su sistema y lanza fortísimos puñetazos, como verdadero Huracán. La embriaguez ha desaparecido y pelea como si estuviese en el ring, pretendiendo acabar a su adversario y, si es posible, hacerlo añicos como a su sombrero. ¿Cómo se atrevió a protestar por sus inocentes jugarretas...?

Pero el desconocido se defiende. Esquiva con agilidad, destreza y tino todos los golpes y a su vez ataca, con tal visión que sus puños martillean con frecuencia sobre los riñones, el hígado, páncreas y cara de Huracán, y ante el asombro de sus amigos, lanza un sober-

bio golpe que se clava en la mandíbula del campeón, poniéndolo en el suelo.

Enseguida sale tranquilamente de El Edén acomodándose el nudo de la corbata y sacudiendo sus ropas, mientras todos los parroquianos se arremolinan alrededor de Huracán, quien quedó perfectamente noqueado.

IV

Don Francisco García Rivas, la persona más ajena a los deportes en toda la ciudad, acaba de abrir las puertas de su oficina de Comisiones, cuando entra corriendo un individuo que llega directamente hasta él, sudoroso, y le dice:

—¿Es cierto, Pancho, que anoche noqueaste al campeón Welter del país, en El Edén?

—¡¡Cómo!! —responde asombrado don Francisco—. ¿Era el campeón...? ¿El campeón de box...?

La secretaria de don Francisco, que acaba de llegar, llama inmediatamente a un médico, porque a su patrón le ha atacado intempestivamente un fuerte frío, que le hace temblar todo el cuerpo y castañear los dientes.

Insistencia peligrosa

Como mi esposa continúa en Autlán, hoy me encontraba yo comiendo en un restaurante cercano a mi casa.

La concurrencia era numerosa; los meseros no se daban punto de reposos; las cocineras también estaban muy activas y nosotros, los clientes, disfrutábamos deprisa, o con apacible calma, según nuestro tiempo disponible, los platillos que nos servían, aunque molestados con frecuencia ya por un bolero, por un músico, por un pordiosero, o por un vendedor.

De estos se nos acercan muchos, ofreciéndonos diversidad de mercaderías; unos lentes, o una cartera de piel, o un espejo, o un peine. Los más numerosos e insistentes son los vendedores de billetes de lotería, que hasta se disgustan porque uno (dicen) desprecia a su buena suerte.

Estaba yo separando atentamente unos grandes pedazos de cebolla que me habían servido con un guisado, cuando llega hasta mí un muchacho proponiéndome en venta un cancionero moderno.

—Compre los últimos éxitos de Agustín Lara, patroncito, para que se los cante a su novia, o cuando se esté bañando —me dicen.

¡Valiente cosa! Ponerme a cantar cuando lo que debería hacer es buscar trabajo, gestionar un préstamo o llorar por mi triste situación. Así es que rechazo de inmediato la oferta del vendedor.

Pero este, imperturbable, se acerca mesa a mesa, comensal a comensal, a ofrecer su mercancía. Por ahí unas muchachas pintarrajeadas le compran uno, y por allá uno, y por allá un Tarzán que viste un saco a cuadros que le llega hasta las rodillas le compra otro.

Entre tanto, un señor de edad respetable llega al restaurante, elige la mesa más alejada del bullicio y ante ella se acomoda, calzándose sus lentes para leer la cartilla de menú cuidadosamente.

Momentos después se presenta solícito el mesero y el señor le señala con el dedo índice el primer platillo que desea. En igual forma, o sea señalando con el dedo, ordena el segundo y después el tercero.

Tranquilamente se encontraba saboreando este, cuando llega a su mesa el vendedor de cancioneros.

—¡Un cancionero moderno, patroncito! —le dice y se lo muestra—. Mire, aquí vienen todos los éxitos de Agustín Lara. ¡Ándele! ¡Cómprelo para que le cante a su novia!

El señor hace un movimiento negativo con la cabeza, pero el vendedor insiste y alaba las canciones que dice que contiene el folleto.

—Mire, patroncito. Son puras canciones de amor.

De nuevo el caballero se niega a comprarlo, moviendo la cabeza, sin que su negativa aleje al terco vendedor, que vuelve a insistir una y otra vez.

El señor se desespera en tal forma por la insistencia que, levantándose repentinamente, sin pronunciar palabra alguna, propina varias excelentes bofetadas al insistente vendedor.

El respetable y serio caballero... ¡Era mudo!

Un raro espectáculo

Chava y Chebo se encuentran en una de estas transitadas y bonitas calles de Guadalajara, después de varios años sin verse y sin saber uno del otro. Se saludan afectuosamente, se abrazan, hacen remembranzas y se preguntan mutuamente sus novedades.

Se dirigen a la Plaza de Armas y se acomodan por ahí, bajo la sombra de un arbusto, para continuar su charla. Al cambiar la luz del sol y molestarles, se levantan, dirigiéndose a una nevería a beber un refresco que invita Chebo. ¡Tienen tanto que platicar!

Chava y Chebo se conocieron en Autlán, donde cursaron la enseñanza secundaria. Chava era de Sayula, pero radicaba en Autlán desde que su padre se hizo cargo de la oficina de Hacienda del lugar, en tanto que Chebo era nativo de la población.

Chebo, en cambio, era un buen estudiante, que cursó la secundaria logrando sobresalientes calificaciones y obteniendo una beca de una sociedad benefactora de estudiantes pobres, la que le permitió continuar sus estudios en Guadalajara. Ahora cursa segundo año de enseñanza profesional.

Después de beber sus refrescos, sin dejar de conversar, de añorar, de reír y de suspirar, llega el momento ese en que parecen agotarse los temas y se hace el silencio, que rompe Chebo con una pregunta trivial, nada más por no encontrar otra cosa qué decir:

—Y... ¿Cuál es tu última novedad, Chava?

—Hombre... Pues... —Inquiere mentalmente, y parece que su memoria funciona de improviso, porque de pronto agrega— ¡Ah! ¡Fíjate! ¡Ayer llovió en Sayula!

—¡Hasta que llovió! ¡Pero fue una tormenta muy rara!

—¿Rara...? A ver... cuéntame...

—Era el mediodía; la atmósfera estaba totalmente limpia y el sol brillaba en todo su esplendor. De pronto empezó a soplar el viento, aumentando en intensidad hasta que se convirtió en un verdadero huracán, y a medida que aumentaba su fuerza, se fue oscureciendo el cielo con grandes y negras nubes hasta que se hizo la total oscuridad, como si fuese de noche.

—¡Caray! ¡Qué cosa tan extraordinaria! ¿Y encendieron el alumbrado público?

—No, porque era muy peligroso. Los vientos soplaban con tal dureza que arrastraban los vehículos como botes vacíos. Afortunadamente sus ocupantes tuvieron la previsión de abandonarlos cuando observaron que la fuerza de las corrientes de aire iba en aumento constante. Luego, aquella oscuridad empezó a romperse aquí y allá con grandes relámpagos que culebreaban por todos lados, escuchándose fortísimas descargas eléctricas que ponían los pelos de punta. Enseguida empezó a menguar la fuerza del huracán, pero se desató una lluvia de granizo. Caían unos enormes granizos, como balones de fútbol, que rompían absolutamente todos los objetos, cosas y lugares; aplastaban los vehículos; abrían orificios en los techos de las casas; y hoyos profundos en el piso de las calles.

A Chebo se le estaban poniendo también los pelos de punta solo con escuchar aquel increíble relato y apenas alcanzaba a decir:

—¡Caray! ¡Qué feo! ¡Qué terrible! ¡Qué espantoso!

Y Chava prosiguió:

Seguía cayendo aquel granizal, cuando de improviso se limpió totalmente la atmósfera, que volvió a quedar azul, y se iluminaron el cielo y la tierra con el sol que brilló de nuevo intensamente, pero los granizos no dejaban de caer, visto desde algunos ángulos, parecían meteoritos con los reflejos del sol. Luego empezó a llover sin que nube alguna se viera por ningún lado, en tanto que el sol seguía iluminando el espectáculo. Enseguida, un inmenso y hermoso arcoíris apareció en el horizonte y...

Ante, aquel fantástico relato, Chebo empezó a dudar; se alisó el pelo que momentos antes se le estaba poniendo de punta y mientras sacaba el sudor que empezaba a correr por su frente, dijo a Chava:

—Oye, Chava... Me parece que esos no es cierto.

—Efectivamente, no es cierto. Pero ¿verdad que fue una tormenta muy rara?

La feria

—¡Papá, llévanos a la feria!

—Pero hijo. Si todavía no pizco el maíz y no tenemos dinero.

—¡No li'hace, papá! ¡Llévanos! Fíjate que Juan, el de tu compadre Pedro, va a ir y me dijo: Ándale, Chuy. Vamos, y verás qué bonito nos paseamos en la rueda de la fortuna, y tiramos al blanco y...

—¡Ya te dije que no hemos pizcado! ¡Que no tenemos dinero!

Pero interviene la madre de Chuy y don Jesús tiene que ceder, porque es imposible negar algo a su vieja, a la madre de su hijo, a la mujer que allá en el rancho trabaja desde que amanece, hincada a su metate, al bordo del fogón, para que don Jesús pueda almorzar tortillas infladas y calientes; y mientras una tortilla se infla entre palmo y palmo de sus manos sonoras, asa la carne, coce los frijoles, y en el molcajete tritura chiles y tomates para el imprescindible chirmole; y que aun mucho después que el sol se ha puesto en el horizonte, va y viene para acá y para allá hasta que el cansancio la vence.

Si no fuera por ella, don Jesús no podría comer lo sabroso y suficiente para pasarse el día bajo el sol, tras la yunta de bueyes, hundiendo el arado dentro de la buena tierra; o inclinado sobre el surco, regando la simiente; o blandiendo el machete para cortar las malezas.

Si no fuese por ella, no cuidaría el fruto de su trabajo; lo tiraría en la cantina del pueblo al lado de una pintada moza. Ni mucho menos tendría la alcancía de barro que frecuentemente remedia

alguna de sus necesidades: ni el puerco gordo, ni las gallinas. Tal vez ni podría vestir de manta, ni calzar huaraches.

Por eso, aunque él es quien manda, ella es la que decide y don Jesús vende el puerco gordo, deja encargados los bueyes y el caballo, las gallinas y el perro a don Roque, su vecino; y con su mujer e hijo, todos luciendo ropa limpia y crujiente, olorosas a jabón y a campiña, toma el autobús que los llevara la feria.

II

¡Qué muchedumbre! ¡Qué algarabía! ¡Qué ir y venir de gente! ¡Qué cantos de mariachis y gritos de pregoneros! El olor de guayabate en rollos, del alfajor en marquetas, de las sonrosadas manzanas y de las doradas naranjas se confunde con los perfumes de las doncellas y con los sudores de la multitud que se arremolina frente a los juegos mecánicos, o el tiro al blanco, o la carpa de los cómicos; o frente a la terraza, para ver bailar sobre las maderas a una pareja de chachachá.

La feria la hacen don Jesús, su mujer y su hijo; su compadre Pedro y su familia; Tomás, el que abrió el desmonte; José, el del rancho de en medio; Isidro el ordeñador; Juan, Zeferino, Francisco y todos los hombres del campo, que se divierten en las serenatas, con las audiciones musicales de la banda y con los castillos multicolores, mientras unos engullen enchiladas en el banco que puso doña Petra en la esquina del parque, y otros gozan con las dulces cañas o los ruidosos cacahuates.

La feria la hacen Hipólito el chofer; Nemesio el albañil; Modesto el alfarero, y los herreros y zapateros. Los artesanos, los empleados de oficina, los maestros de la escuela, la gente humilde, la gente del pueblo, para la cual otras diversiones están vedadas porque sus recursos no bastan para acercarse a ellas.

Don Fulano y don Zutano no se divierten con el tiro al blanco, ni con la rueda de la fortuna; no les atraen las serenatas ni los castillos de fuegos pirotécnicos; quizá vayan a la carpa de los cómicos a reír con algún chiste obscuro. No comen cañas. Es muy vulgar y además pueden romperse los dientes o algún molar. ¿Y las enchiladas...? ¡Qué va! ¡Prefieren un sándwich!

III

La feria la hace el pueblo que viste manta en el campo y de mezclilla en la ciudad; que allá calza huaraches y acá zapatos de cuero resistente a la dura faena; y que todavía usa sombrero.

La feria la hace el pueblo que tiene que arrancar a la tierra con la fuerza de su músculo y la fuerza de su oración y de su fe, la dorada espiga y el sazonado fruto; el pueblo, que frente al yunque domina el hierro; frente al timón domina las olas; frente al libro los conocimientos y frente a la pluma las ideas.

La hacen los que con sus manos construyen los edificios, tienden las carreteras, perforan las minas y elaboran los productos industriales; los que con sus conocimientos inculcan el saber al que ignora y llevan la luz al que no ve.

Benditas nuestras ferias que sirven de lazo de unión a los mexicanos, que cansados por el trabajo, abatidos por escaseces y necesidades, ahítos de modas y costumbres que falsifican lo nuestro, lo que nos transmitieron nuestra historia y nuestras tradiciones, tenemos oportunidad de vernos, de hablarnos, de comprendernos y de descansar de la faena que la vida, más dura cada día, nos ha impuesto.

El regreso

Salí de mi pueblo cuando tenía veinte años. Formaba parte de una palomilla feliz que charlaba y reía, que bailaba y bebía, que cantaba y hacía la corte a las muchachas con versos y con serenatas. Todos teníamos novia y cuando no la teníamos, compartíamos como buenos amigos la novia del compañero.

Mas un buen día salí y me radiqué en los Estados Unidos. Allá trabajé tenazmente, con el recuerdo de mi querido pueblo grabado en mi sensorio y con el deseo siempre latente de regresar.

Pasaron los años... ¿Cuántos...? No lo supe. Mas la fortuna me sonrió y al fin, lleno de alegría, emprendí el regreso, ansioso de encontrar a mis amigos y charlar de nuevo con ellos; de encontrar a las muchachas bonitas y bailar y reír otra vez con ellas.

Ansioso de pasear de nuevo en las típicas carretas tiradas por bueyes, que nos había conducido a tantos paseos; y escuchar otra vez la romántica orquesta que deleitara a nuestra novias con sus dulces melodías, bajo la luna y bajo los balcones y las enredaderas.

Mi corazón rebozaba ansiedad por llegar; latía con fuerza a la sola idea de saludar a Juana y a Chayo, o brincaba solo al recordar los bellos ojos de Beatriz.

¡Al fin llegué! Mas... ¡Oh, sorpresa! ¡Oh, dolor! La palomilla feliz se había disuelto. Así como yo, muchos de mis compañeros habían emprendido el vuelo hacia lejanos horizontes, muriendo algunos lejos del terruño amado, o radicándose definitivamente en aquellas lejanías.

¿Y las muchachas...? En sus rostros corrían las huella del tiempo. Estaban casadas con hombres avecindados en el pueblo, y dos o tres habían muerto. No eran ya las muchachas hermosas y alegres a quienes llevábamos las serenatas bajo los balcones y las enredaderas.

La orquesta habíase disuelto también. Solo quedaban dos o tres viejos, ya retirados del arte, y los nuevos músicos no tocaban los valsos aquellos, románticos y sentimentales, o las polcas alegres, o los chotis sonrientes. Profanaban el arte con ruidosas melodías y ritmos salvajes, diciendo que era la música moderna.

Las carretas de los paseos deliciosos también habían desaparecido y en su lugar transitaban raudos grandes camiones y automóviles de chillantes colores, con rugientes máquinas que crispaban los nervios.

Las calles de mi pueblo, antaño tranquilas y acogedoras, se habían transformado en anchurosas avenidas bordeadas de edificios, llenas de anuncios, de señales, de postes, de tubos y de alambres.

Todo aquello que había dejado y deseaba encontrar no existía ya.

Mi regreso... tan ansiado... tan soñado en mis febriles noches de desvelo, después de largos y tediosos días de trabajo y de lucha... ¡Me fue muy doloroso!

Sin sentirlo, sin pensar en ello, sin imaginarlo siquiera, habían pasado muchos años desde mi salida de mi pueblo querido. Yo era un viejo, y mi cabeza peinaba hilos de plata que habían pasado desapercibidos para mí.

Al transitar por las calles inquietas, algunos volvieron la mirada preguntándose: ¿Quién será este viejo...?

Los demás pasaron de largo, atropellándome, sin reparar en mi semblante acongojado.

Un buen día encontré a otro viejo que me pareció conocido. Él también me advirtió. Nos observamos mutuamente unos momentos y luego sonreímos con algo de incredulidad.

—¿Tú eres Javier...?

—¡Sí! Y tú eres Ernesto, ¿verdad?

—¡Sí, hombre!

—¡Ven acá, muchacho!

Y nuestras tímidas sonrisas de incredulidad se transformaron en amplias sonrisas de gusto, mezclado con profunda melancolía.

Nos abrazamos, en un abrazo que pretendía transportar nuestra mente y nuestras vidas a aquellos tiempos en que aún éramos jóvenes. Al concluir el abrazo nuestros ojos estaban húmedos.

Inquirimos... Recordamos... Reímos y lloramos...

Traté de ir al Salón Molina, al salón donde nos reunimos diariamente a charlar y a planear las actividades juveniles, para beber un tuxca como en aquellos tiempos y continuar la encantadora evocación con Javier, pero...

—Ya no existe el Salón Molina.

—¡Cómo! ¿Qué pasó...?

—Pues... don Goyo murió.

¡Otra ingrata noticia! Bueno... Pues vayamos a cualquier otra parte... Vayamos a la Alameda.

—Tampoco existe ya. Aquellos árboles umbrosos que formaban las avenidas donde nos encontramos con las muchachas; las tupidas azaleas que cubrían las bancas donde nos sentábamos con ellas; el muro que la circulaba... Todo fue transformado.

—¿Transformado...?

—Sí. Ahora es un parque sin árboles. Únicamente con grandes prados de césped. Dicen que es un parque moderno.

Así. De noticia en noticia, de sorpresa en sorpresa, fui conociendo el nuevo pueblo mío, el pueblo que, prendido en mi alma, se me presentaba frecuentemente en mis sueños, pero que ahora encontré como cualquier otra ciudad moderna.

Pasaron los días, que dediqué, con la fiel compañía de Javier, a vagar por el pueblo y sus alrededores, tratando inútilmente de encontrar los lugares de mi juventud tal como los había dejado.

Luego, muerta mi ilusión, traté de regresar a los Estados Unidos para sepultar definitivamente mis recuerdos, y hacerme el ánimo de que no existía ya nada que pudiera ligarme a mi pasado.

Mas Javier insistió en que demorara mi regreso, diciéndome que se acercaba el carnaval, tradicional carnaval de mi pueblo, y podría divertirme algunos días para mitigar las penas y desengaños sufridos.

Convine en ellos y una madrugada me despertó la banda de música con la notas alegres de Los Papaquis.

—¡Vaya...! —me dije— Cuando menos sigue tocando la misma pieza que se tocaba entonces.

Temprano vino Javier por mí, instándome para que me preparase para irnos al recibimiento.

—Pero... ¿Es que todavía se hacen recibimientos?

—¡Vaya, hombre! No todo se ha acabado. También hay «Toro de once».

—Bueno... menos mal.

Pronto salimos y aunque en el recibimiento no conocí a nadie, me distraje un poco. Enseguida nos fuimos a la plaza de toros, que encontré francamente magnífica; aunque los vaqueros, jinetes y lazadores no eran ya de la misma calidad de los que yo había conocido anteriormente.

Por la tarde fuimos a la corrida de toros, que, a decir verdad, también me desilusionó, porque los grandes toros aquellos de peso completo, bravura y trapío, ahora fueron unos pequeños animalillos a los que previamente cortaron la punta de las astas.

Los lidiadores, muy bien vestidos, rasurados y perfumados; pero asustadizos, cortos de recursos y, según me dijeron, pretenciosos y caros.

Por la noche fuimos al jardín, a la serenata. Antes quise proveerme de flores, confeti y serpentinas, pero Javier me lo impidió diciéndome que esas cosas ya no se usaban.

Efectivamente. Descubrí que los hombres ya no brindaban flores a las muchachas, sino empellones. En lugar de confeti, rompían en su cabeza cascarones llenos de papeles, y algunos llenos de agua olientes a mingitorio.

Las serpentinas que nosotros tirábamos delicadamente a las muchachas, enredándolas suavemente a su cuello, a su talle o a sus brazos, ahora eran ramas y matujos que se lanzaban unos a los otros.

Bueno... Así fueron pasando los días. El programa se me hizo monótono, hasta que un buen día me dice Javier que es el Día de los Pollos.

—Efectivamente. Hoy es viernes.

Y recordamos cuando Javier, Jesús, Rodolfo, Miguel *El Perico*, Farías, otros más y yo formamos las cuadrillas de lidiadores que rompieron el récord en cuanto a revolcones y en cuanto a velocidad en las carreras, pero también en cuanto al garbo y a la hermosura de sus reinas y a la magnificencia de su baile.

¡Día de los Pollos! Esta sola frase encerraba para mí juventud, arrojos, hermosura, tradición, encanto...

—¡Veremos otro día de los pollos! —dije a Javier.

Después del «Toro de Once», por primera vez bebí con Javier una copa de algo que me dijo el copero que era tequila, porque no pudimos encontrar en todo el pueblo el tuxca que yo buscaba. Enseguida comimos, descansamos un rato y nos trasladamos a la plaza de toros.

El ambiente de la corrida fue más o menos el mismo de aquellos años. Plaza llena. Alegría desbordante. Reinas hermosas, aunque ahora las llamaron manolas. Lidiadores inexpertos, como nosotros, pero decididos a ganar palmas y sonrisas, también como nosotros; aunque al final de la corrida también salieron sucios y golpeados, como nosotros.

—¡Bueno! ¡Ahora sí ya me voy! —dije a Javier.

—¡Cómo es posible! ¡Si falta lo mejor!

—¿Lo mejor...?

—¡Sí, hombre! Falta el baile.

—Pero... Si nadie me conoce... ¿Qué gusto podré tener rodeado de gente desconocida?

—¡No hay pero que valga! ¡Tú te quedas al baile!

—Bueno... Por complacerte me quedaré.

Sentados a una mesa y ante una botella de aguardiente blanco, porque no logramos encontrar tuxca, más unas botellas de Coca-cola con sabor a valeriana, tolerábamos Javier y yo el ruido de la orquesta que hacía trepidar el salón con un rocanrol, y nos divertíamos con las grotescas contorsiones de los bailadores.

De pronto, al volver la vista distraídamente por el salón, descubro sorprendido a... ¡Beatriz!

¡Sí! ¡Es Beatriz! ¡Es ella, la de los ojos verdes y hermosos! Está sentada a otra mesa, sola, viendo las parejas que bailan. Tal vez se encuentre tan aburrida como yo.

Y sin decir nada a Javier, me levanto rápidamente dirigiéndome hacia ella.

Mi llegada la sorprende. Es natural... Tantos años sin vernos... Aunque... No demuestra impresión alguna... Ni sonrío... Ni se mueve...

—¡Beatriz! —la saludo alborozado.

Y solo demuestra sorpresa por mi entusiasmo.

—¿No eres Beatriz?

—¡Sí! ¡Yo soy Beatriz!

—Entonces... ¿No me recuerdas...?

—No, señor. No le recuerdo.

El que me hable de usted me confunde. Sin embargo, no cabe duda. Ella es Beatriz. Ella misma me lo ha dicho. Esos son sus ojos, inconfundibles ojos verdes. Su pelo dorado, su tez blanca, los hoyuelos de sus mejillas... Pero...

—Entonces, si tú eres Beatriz... ¡Debes recordarme!

—Me es verdaderamente penoso decirlo, señor, pero no le recuerdo.

—Pero... ¿Por qué así, Beatriz...? ¿Por qué...?

—¡Caballero! —me interrumpe secamente.

—¡Perdón! Pero si tú eres Beatriz del Campo, sabes bien quién soy yo.

—¡Caballero! No sé quién es usted ni me interesa saberlo, porque yo no soy Beatriz del Campo. Ella es mi madre y yo soy Beatriz Flores del Campo.

—¡Oooh!

No se cómo salí del baile. De pronto me encontré en mi automóvil a muchos kilómetros de distancia de mi pueblo, del pueblo de mis recuerdos que he llegado a dudar que hayan existido.

El fuero

Don Chenko, chofer de automóvil de sitio, era regidor y vicepresidente del H. Ayuntamiento, comisionado de Justicia, Educación y Presupuestos.

Fue ungido por el voto de sus conciudadanos, emitido en reconocimiento a sus méritos revolucionarios y sus virtudes cívicas; así como por un sobre lacrado que personalmente llevó al pueblo un representante del partido.

Sus compañeros regidores lo designaron vicepresidente y finalmente el compañero presidente le confirió las comisiones.

Don Chenko nada sabía de leyes, ni de ordenamientos, ni de finanzas, ni de economía, pero había cursado hasta segundo año de primaria y podía leer y escribir.

Pocos meses después de haber iniciado el H. Ayuntamiento sus labores, el licenciado Justo Ecuánime y Legal, agente del Ministerio Público, tuvo que ausentarse temporalmente de la población.

Y como la Ley Orgánica del Poder Ejecutivo tenía previsto que el regidor comisionado de justicia debía suplir las faltas temporales del agente del Ministerio Público, don Chenko fue llamado para que se hiciese cargo de la oficina.

Brevemente el licenciado lo enteró de los asuntos pendientes, que eran pocos, entregándole llaves, muebles y archivos.

—¿No tengo que protestar...? —preguntó don Chenko.

—No, señor. ¡Hasta luego! Voy a tomar el tren de la mañana. Espero regresar la semana próxima.

—¡Hasta luego, licenciado! —contestó don Chencho con una profunda inclinación— ¡Que le vaya a usted bien!

Don Chencho se arrellanó en el sillón y ordenó a la señorita secretaria que formulase las participaciones a las autoridades.

—Porque las autoridades deben saber quién soy —concluyó.

—Muy bien, señor —contestó la secretaria y puso manos a la obra.

—¡Aaah...! —dijose don Chencho—. También deben saber mis compañeros. ¿Les pasaré un oficio...? ¡No! A ellos se los diré yo mismo.

Levantándose rápidamente se trasladó al sitio de automóviles y sitio de reunión de los trabajadores automovilistas. Ahí estaba un gran número discutiendo si sería mejor el Chevrolet o el Ford.

—¡Compañeros! —díjoles en alta voz al llegar— ¡Compañeros! Tengo la satisfacción y el honor de informarles que soy el agente del Ministerio Público de este lugar y acaban de entregarme la oficina.

—¡Bravo! —contestaron mucho.

—Debías ser el jefe, y no su agente —reclamó otro.

—Oiga, don Chencho —díjole el líder maliciosamente—, ¿y también le entregaron el fuero...?

—¿El fuero...?

—¡Sí, don Chencho! ¡El fuero! ¿Se lo entregaron...?

—¿El fuero...? Mmm... El fuero... —quedó pensativo don Chencho, pero no queriendo que lo juzgaran tonto, inmediatamente reaccionó— ¡Ah...! ¡Sí! ¡Sí me lo entregaron!

El líder sonrió con picardía y don Chencho se retiró del grupo discretamente pensando en el fuero. Indudablemente era alguna cosa muy importante y debía pedírselo al licenciado inmediatamente, antes de que el tren partiese.

Como faltaban ya pocos minutos para la partida, se encaminó directamente a la estación y por fortuna descubrió al licenciado entre la multitud, cuando abordaba el vagón.

—¡Licenciado! ¡Licenciado! ¡Por favor... espere...! —gritó angustiosamente apresurando el paso. Luego su paso lo convirtió

en veloz carrera hasta llegar ante el licenciado, que cortésmente le esperaba.

—Dígame, don Chencho. ¿En qué puedo servirle...?

—Oiga, licenciado... —expone seriamente y en tono de leve reproche—. Vine a decirle que se le olvidó entregarme una cosa.

—¿Una cosa...? ¿Qué cosa, don Chencho...?

—El fuero, licenciado. No me entregó usted el fuero.

El licenciado de pronto estuvo a punto de reír, pero luego, pensando que se trataba de una broma como las que se gustaba don Chencho de vez en cuando, decidió seguirla adelante y contestó:

—¡Ah...! ¡Sí...! ¡Perdóneme, don Chencho! Lo olvidé. Pero dígame a la secretaria que se lo entregue. Ella sabe dónde está.

Luego de dar las gracias y pedir disculpas se regresó don Chencho rápidamente a la oficina, a tiempo de alcanzar a la secretaria que se disponía a cerrar.

—Señorita... Acabo de ver al licenciado y me dijo que me entregue usted el fuero. Que usted sabe dónde está.

La secretaria sonrió discretamente pensando: ¡Ah, qué don Chencho tan tonto y qué licenciado tan bromista! Voy, a seguir la broma.

—Escuche, don Chencho. Exactamente yo no se dónde se encuentra, pero lo voy a buscar.

Abre un cajón, luego otro y otro. Vacía cajas, voltea papeles y después de algunos minutos de impaciente espera, don Chencho tiene que aceptar que el fuero no está en la oficina.

—Indudablemente se lo llevó el licenciado en algún bolsillo —dice melancólicamente—. Voy a ser agente de Ministerio Público, sin fuero.

De viaje

Tenía yo quince años cuando visité por primera vez la ciudad de México. Fue como el partir a un mundo de fantasía y de leyenda la salida de mi tierra, un domingo de enero, a las ocho de la noche, cuando en el templo parroquial sonaban los tradicionales clamores y la banda de música ofrecía serenata en el jardín Madero, mientras las muchachas daban vueltas en el jardín y los muchachos las hacían en sentido apuesto, bañándolas de confeti y brindándoles claveles rojos.

De Autlán a Guadalajara, pasando por San Gabriel y Sayula, hice el viaje en el estribo del automóvil que conducía Daniel Rueda, porque no alcancé lugar dentro.

La Perla Tapatía me pareció un lugar de ensueño y la noche siguiente... ¡A México, en el tren de pasajeros, en localidad de segunda clase!

Mi tía Damiana me había recomendado que tuviese mucho cuidado con mis pertenencias, así es que sobre mis rodillas llevaba mi maleta con ropa, y en un bolsillo del pantalón apretaba mi pañuelo anudando unos cuantos pesos que yo había reunido ahorrando parte del sueldo de treinta centavos diarios que devengaba en la tienda de don Salvador Rodríguez.

Mi compañera de asiento era una señora mayor de edad, llevando sobre sus rodillas una jaula con pájaros, y colgada de la ventanilla una bolsa de ixtle con ropa y unos panes.

En el asiento del frente se acomodó el güero Gildardo Miche, que era mi compañero de viaje desde Autlán, y a su lado, el espo-

so de la señora, llevando una maleta muy abultada y un tercio de huaraches nuevos, muy aromáticos, que colocó en la parrilla del vagón, junto al velís del güero.

El vagón iba ahíto de pasajeros de todas edades, muchos de pie, y todos ellos portando diversidad de objetos: velices, maletas, cajas de variadas formas y medidas, tercios de cañas; bolsas con pan, fruta y otros comestibles; jaulas con pájaros, juguetes para entretener a sus niños, una que otra botellas con diversas infusiones y uno que otro cántaros y vasijas de barro.

El tren partió entre siete y ocho de la noche, y cuando al avanzar la noche, luego de devorar sus alimentos los pasajeros empezaban a sentir sueño, buscaban la forma de acomodarse lo mejor posible en sus asientos de duras tablas, cobijándose y recargándose entre sí.

Pero una reacción fue general en todas las mujeres, que vestían trajes oscuros con largas faldas, y en uno que otro hombre. Sacaron de sus bolsillos maleta y velices, sendos rosarios y libros de oraciones, más libros que rosarios. Libros con forros negros o cafés, con imágenes y cintas a guisa de señales.

Unas personas en voz alta, para que contestasen sus familiares o acompañantes, y otras en voz baja, todas leyeron en aquellos libros sus oraciones nocturnas antes de acomodarse para tratar de dormir.

II

Pasaron los años... Muchos años... Pocas veces viajé a México de nuevo y lo hice en autobús. Pero hoy, casi treinta y siete años después del primer viaje, tuve deseos de ir de nuevo en ferrocarril y lo hice en el tren nocturno.

Ahora ya pude adquirir boleto de primera clase, pero añorando aquel primer viaje, me asomé y viajé un buen rato en el vagón de segunda, menos sucio y menos incómodo que en aquellos tiempos.

Las mujeres, como es de suponer, ya no visten de obscuro ni usan faldas largas, sino juveniles trajes de diversos colores, con pequeñísimas y descubridoras faldas; o pantalones de distintas formas.

Y qué sorpresa llevo al ver a casi todas ellas leyendo libros; libros grandes y chicos; verdes, rojos, amarillos y de diversas tonalidades. ¡Qué deseo de cultivarse y qué devoción para orar, mientras los hombres leen periódicos y revistas!

Pero después de observar detenidamente los libros que leen las mujeres descubro que no son libros de cultura ni de oración, sino historietas de *Los Súper Machos* y otras semejantes.

Y que uno de esos supuestos libros, de color azul oscuro, que una mujer se lleva al oído frecuentemente... ¡Es un radio de transistores!

Cuentos de Ernesto Medina Lima
se terminó de imprimir en septiembre de 2018 en
Editorial Página Seis, S. A. de C. V.
Teotihuacan 345, Ciudad del Sol,
C. P. 45050, Zapopan, Jalisco
Tels. (33) 3657-3786 y 3657-5045
www.pagina6.com.mx • p6@pagina6.com.mx
Se tiraron 300 ejemplares



En esta colección de cuentos, Ernesto Medina Lima recoge algunos de los momentos a veces imperceptibles de la vida cotidiana en los que, si se presta atención, se encuentran valiosas lecciones, giros irónicos y una que otra verdad amarga.

Los personajes aprenden a la mala que el tiempo no se detiene por nadie, que nada permanece estático —ni los lugares, ni las personas, ni los recuerdos—, que la inteligencia es más valiosa que el coraje ciego y sordo disfrazado de valentía, y que no hay quien se salve de la decepción o la melancolía.

El estilo narrativo de este autor no se detiene en florituras, sino que cuenta experiencias concretas, chuscas y muchas veces trágicas que permanecen en la memoria colectiva de una comunidad y que, incluso ochenta años después, siguen hablando sobre nuestra identidad.



**CUCOSTA SUR
GRANA** ●